

GERMINAL

SEMANARIO REPUBLICANO SOCIOLOGICO

Madrid..... { Trimestre..... 2 pts.
Año..... 7 —
Provincias.. { Trimestre..... 2,50 —
Año..... 9 —
Estranjero y Ultramar: Año, 15 pts.
Número suelto, 15 cts.—Atrasado, 50.
25 ejemplares, 2,50 pesetas.

HORAS DE OFICINA: DE 9 A 12.

Administración: VILLANUEVA, 20,
Redacción: GÉNOVA, 7, bajo, Madrid.

NO SE DEVUELVEN LOS ORIGINALES

ADVERTENCIA IMPORTANTE.

Rogamos á nuestros suscriptores y corresponsales se sirvan comunicarnos, sin pérdida de tiempo, cuantas deficiencias encuentren en el servicio administrativo, que hemos tenido que reorganizar por completo.

La Administración de GERMINAL se ha trasladado á la calle de Villanueva, 20, donde deberán dirigirse todas las reclamaciones y la correspondencia administrativa.

La correspondencia de Redacción deberá dirigirse á la calle de Génova, 7, bajo.

SUMARIO.

TEXTO.

Ibsen, Enrique Maldonado.—*Trabajad!* (poesía), Salvador Rueda.—*La lucha de clases*, N. Salmerón y García.—*Fusión Republicana socialista*, Ernesto Bark.—*Viaje de novios*, Guy de Maupassant.—*Sueño* (poesía), J. Alcaide.—*La sociedad del porvenir*, Dr. Letourneau.—*La gente joven*, Francisco Maceín.—*Los proletarios de levita*, A. de Santaclara.—*Saturnales fin de siglo*, Julio Thermidor.—*Carolina Otero* (rápida), A. G. Cano.—*Los socialistas y el Gobierno*.—*Unión de dependientes y empleados* (los viajeros).—*Lucha* (poesía), F. Villaespesa.—*Un libro de Chjaksy*, Santiago Valenti Camp.—*¡Oh física! ¡libranos de la metafísica!*, Salvador V. de Castro.—*Tempestad*, Felipe Trigo.—*Crónica al vuelo*, Julio Poveda.—*La cuestión del pan*, Joaquín Segura.—*Movimiento socialista*.—*Cuento viejo* (poesía), A. Varela Díaz.—*Pedimos la amnistía*.—*Rasgos*—*Crónicas americanas*, P. de Lidia.

GRABADOS.

Ibsen (retrato).—*Regreso de los vendimiadores*, Vidal G. Arenal.—*Napoleón en las Tullerías*.—*En el estanque*, Palmaroli.

SILUETAS DE CONTEMPORÁNEOS.

IBSEN.

CUANDO se ha leído, no me atrevo á decir mucho, porque nunca se lee lo bastante, pero sí con la pasión que hace de la lectura una especie de atmósfera espiritual sin la cual la vida enoja mortalmente, se pierde tal vez algo la fuerza de impresión que con tal violencia remueve el espíritu en las grandes lecturas primeras. Pues aquella lejana virginidad de emoción he vuelto á encontrarla ardiente y poderosa cuando leí *Les revenants*, de Ibsen, la obra más grandiosa de poesía, no vacilo en decirlo, que ha producido la humanidad desde la creación del *Fausto*.

Los aparecidos, ó como sería más propio, *los que reaparecen*, y aun si el título no tuviese algo de cursi-castizo, *Los redivivos* tal vez, mirándolo bien, es superior al *Fausto*. Si éste tiene mayor importancia será por la transcendencia que su concepción estética alcanza de concepción filosófica, pero *Les revenants* le ven-



IBSEN.

ce en su profunda integridad artística y en la lógica viva de su acción íntimamente humana.

Sencillo como las cosas sublimes, sincero como la Naturaleza, es, como creo que ya se ha notado, el viejo drama de Edipo, sustituyendo al fantasma ideal del destino la fatalidad

real de la herencia fisiológica. Y si el drama de Edipo es el punto culminante del teatro clásico, *Les revenants* es la más bella flor de nuestra cultura y el más potente grito de dolor de nuestra época, conturbada por el dolor como ninguna lo fuera, pues las otras épocas deca-

dentos, tras de hallar la humanidad menos quebrantada, gozaron en el vicio, mientras que nuestro tiempo sufre la conciencia angustiada de su degeneración, y como el dipsomano hace generalmente, apura el vaso que le envenena con un gesto de amargura y un pensamiento de propio menosprecio; placeres dolorosos ó dolor del placer que la falta de ideal hace no pueda ser compensado con el placer del dolor, que el hombre puro encontraba otros días, al elevar su alma en la vida como el sacerdote la hostia santificada, y abrazarse en abnegado amor á la cruz del ideal cristiano. Y esta falta de ideal es también un vivo y perenne dolor en la vida de ahora, siquiera sea en los más un dolor semi-inconsciente, una obsesión extraña en su sensualismo grosero; pero es que hay en nosotros una porción de ideas muertas, como nota Mme. Alving en el sombrío drama, representaciones de los hombres que fueron, vividas por el cerebro de nuestros ascendientes, —que si las «ideas innatas» son sólo experiencia acumulada (la experiencia larguísima de las generaciones elaborada en la herencia hasta fijarse en conceptos tan abstractos como intuitivos) ¿por qué de representaciones más pasajeras de la humanidad, del misticismo cristiano como del realismo ideal y del sensualismo que sucesivamente presenta el paganismo, no han de quedar huellas más ó menos dormidas en lo inconsciente humano y más ó menos consistentes, según fueron de fugitivas las representaciones productoras?—ideas muertas que surgen como terribles espectros, como *revenants* también ellas, ora añadiendo impulso á la degeneración individual, ora atormentándola en venganza de la dignidad humana envilecida.

Y al infundir estas ideas en la obra estética y agitar con estos problemas la vida artística, no es que Ibsen pretenda, como creyó cierto crítico superficial (Clarín), vindicar al paganismo, coronado de rosas y rayos de sol, de esta religión, cubierta eternamente, como el paisaje noruego por «un velo de lluvia», por el llanto de la expiación. No es eso; Ibsen ve en nuestra vida moral el divorcio entre la teoría y la práctica en los hipócritas, la pugna del ideal y el hecho en los ingenuos, atormentados éstos por la batalla entre las imposiciones del deber y las exigencias de la naturaleza, y dolido de ello, aspira á que sea el hombre, no sacerdote de la vida, como quiso la inspiración gentilica, no sacerdote de la idea, como quiso el cristianismo, sino sacerdote juntamente de la idea y de la vida.

Pero yo no sé si esta luz nueva es una antorcha que Ibsen pone deliberadamente en manos de su arte, ó una centella que estas manos puras de su arte han encendido involuntariamente en su cerebro. Lo que sé es que este arte es exquisito y que posee el secreto de la gradación trágica, como nadie había vuelto á poseerlo desde Sófocles. ¿Puede haber rasgo más feliz que el del final de *Les revenants*, donde la naturaleza ostenta, como dice Nordau, una terrible *raillerie*, un sarcasmo espantoso, haciendo que tras la lluvia monótona, sólo brille el sol al producirse la catástrofe?

Y después la ecolalia, que en Ibsen no es un defecto: palabras *revenants*, que surgen como una peripecia ó una amenaza, porque en *Les revenants*, como gran drama que es, la peripecia no está en movimientos externos, está en el diálogo.

Ibsen plantea en sus obras el problema de la moral, rompiendo, como Nordau, contra todas las mentiras convencionales. Dotado de

una poderosa individualidad, las trabas de la ley escrita que impiden hacer el bien, sublevan su libre y pura conciencia (porque los dramas de Ibsen son, si no en el argumento, en los grandes datos morales, dramas suyos vívidos); los violadores de la justicia le irritan casi tanto como á mí los profanadores del humorismo; y con un sarcasmo profundo se complace en penetrar en el fondo de las «personas decentes», del vulgo moral, hasta sacar de ellas el gran canalla que allí se oculta.

Los dramas de Ibsen realizan con esto en el teatro una revolución semejante á la que cumplió en otro orden literario la novela social de Rousseau, pero con la ventaja de que los personajes de Ibsen no son abstracciones, sino seres muy vivos y reales á la par que muy hermosamente típicos.

Uno de sus personajes mejor concebidos es la adorable figura femenil de Nora, que, bajo su frivolidad hechicera, oculta una cabecita noblemente obstinada y un pensamiento interrogador y despierto. ¡Qué proceso tan hermoso—y tan artísticamente indicado en la obra—el que sigue este pensamiento hasta romper los lazos, aun los más caros, y plantearse, una vez liberado de toda imposición, el problema de la moral y del fin de la vida, ni más ni menos, aparte la disciplina racional, que pudiera hacerlo un Salmerón!...

Es obligado, decía Salmerón el otro día en cátedra (naturalmente con mayor precisión de pensamiento y alteza de forma que las que yo puedo conservar aquí); «es obligado al empezar á investigar esto que llamamos la cuestión moral, reconocer nuestro estado en relación al problema moral, lo mismo que para cualquier obra de esfuerzo físico apercibimos y como reconocemos antes nuestros miembros para con ello tomar impulso. Y es tanto más obligado, cuanto que nos hallamos siempre *in media re*, esto es, haciendo dentro del total hacer, moviéndonos á cada estado desde otro estado, sin que haya en nada un comienzo radical y originario, una creación que se dice. *Nihil novum sub sole*, podemos exclamar con el sabio semita. Para que en el tránsito de un estado á otro, al ir á investigar el problema moral, nos demos cuenta de la propia legitimidad de este tránsito y no quede su proceso mental en nebulosidades, es, pues, preciso ante todo fijar el estado presente desde el cual nos movemos.

«Considerando el presente estado moral, la total impresión recibida en esta contemplación es la gran división de las gentes en situaciones morales, de modo que se da en la convivencia social un polismo de creyentes y de no creyentes, de confesores de éste ó de aquel dogma moral revelado, y de partidarios de las morales que comunmente se llaman racionalistas, pluralidad que determina una verdadera anarquía moral.

«Hay que ver si en este estado presente, que no son los llamados racionalistas los primeros en residenciar, sino que contra él lanzan su anatema desde el pontífice hasta el sacerdote y el teorizante de la fe, considerando que la humanidad va por descaminos donde perderá, juntamente con la idea de Dios, la idea moral; hay que ver si en tal estado nos vamos á quedar sin moral,—que lo que es sin fe, notorio está que nos hemos quedado.

«Y siguiendo la consideración del estado moral, notamos que la posición tradicional del problema moral, que aún sigue, en pugna hoy con una nueva dirección que vagamente se

anuncia, es una posición dualística: dualismo radical entre teoría y práctica, donde se da la ley como arriba y el hecho como abajo, aquella como imposición y éste como sumisión, la una descendiendo dictada de un Sinaí cualquiera y el otro moldeándose en ella ó rebelándose *satánicamente* contra su imperio.

«Donde surge, en vista de las notas que se han señalado como características del estado presente moral, la interrogación. ¿Es que no cabe traer este dualismo á una propia unidad? ¿Es, además, que cabe vivir siempre en este estado de anarquía moral? ¿Es también que el valor moral puede depender de las representaciones dogmáticas que lo sancionan? ¿Es, por último, que pues somos hombres antes que creyentes ó impíos, no hemos de traer todo esto á un concepto común en que se hable de moral humana sobre todas estas morales particulares?»

A un estado de interrogación de no menor riqueza que éste, aunque más vago, llega Nora en el célebre drama de Ibsen, *Casa de muñecas*. Empieza por despojarse de todo prejuicio, por hacer valerosamente pedazos toda traba, á la vez que por colocarse en una alta y bella posición, que en algo parece contrapesar esta frenética corriente de altruismo que hoy nos domina (en teoría, se entiende). Sin examinar críticamente esta posición, *egotistas* (aunque no egoísta), porque el hacerlo exigiría mucho espacio, la precisaremos insertando un fragmento de Ibsen.

Pregunta Nora á su marido el abogado Helmer:

—¿Qué consideras como mis «más sagrados deberes»?

Helmer.—¿Tengo necesidad de decírtelo?... ¿No son tus deberes hacia tu marido y tus hijos?

Nora.—Tengo otros tan sagrados como esos.

Helmer.—No los tienes... ¿Cuáles serían esos deberes?

Nora.—Mis deberes hacia mí misma.

Helmer.—Ante todo, eres esposa y madre.

Nora.—No lo creo. Yo pienso que ante todo soy un sér humano... ó al menos, que debo ensayar de llegar á serlo...

Y después dice:—El que estas leyes que me prohibían hacer el bien sean justas es lo que no me entra en la cabeza.

Helmer replica.—Hablas como un niño. No comprendes nada de la sociedad en que vives.

Nora.—No; no comprendo nada. Pero quiero llegar á cerciorarme de quién tiene razón: la sociedad ó yo.

Nora aspira, pues, á retraerse en una pura intimidad consigo misma, para examinar en estas soledades plácidas de su pensamiento el problema de la moral basándose para ello en la naturaleza humana. Es una hermosa posición socrática, que tiene también algo de Kant—Sócrates y Kant son los dos grandes hermanos gemelos de la historia.

En cuanto á la pugna entre nuestra interna naturaleza moral y el ideal externo que se ha querido grabar en nuestro espíritu, puede verse en *Les revenants* las conversaciones entre la señora Alving y el pastor Manders, en las que también se encuentran pasajes muy sabrosos sobre la transcendencia que pueda tener en la vida el *cubrir las apariencias*. Ibsen dedica á la pintura de esta gran perfidia del guardar las apariencias, una de sus mejores obras, *El pato salvaje*, lo mismo que en *Rosmersholm*, que forma *pendant* con ella, pinta como contraste extremo, la emancipación moral y el

afán de la verdad, á la que persigue Rosmer—carácter grandiosamente concebido y dibujado —«hasta el fondo del torrente.»

En contraposición á la decadencia moral, algo nos revela del ideal ibseniano de la vida, aquel sublime diálogo entre la señora Alving y su hijo Oswald.

Oswald.—¡Oh, madre! La alegría de vivir... No la conocéis en esta tierra. Jamás la siento yo aquí...

La alegría de vivir... y, luego, la alegría de trabajar. ¡Eh!... En el fondo es la misma cosa. Mas esta dicha os es igualmente desconocida.

Señora Alving.—Puede ser, puede ser que tengas razón. Háblame todavía más de esto, Oswald.

Oswald.—Mira; yo pienso, sencillamente, que se aprende aquí á considerar el trabajo como una maldición de Dios, un castigo á nuestros pecados, y la vida como una cosa de tal suerte miserable, que nunca es bastante pronto para librarnos de ella.

Señora Alving.—Un valle de lágrimas, sí. Y en verdad que las gentes se aplican concienzudamente para que así sea.

Oswald.—Allá no quieren saber nada de esto... Se puede uno sentir lleno de alegría y felicidad nada más que porque se vive.

Esta alegría de vivir la ha percibido Ibsen, durante su permanencia en Italia, en los jardines clásicos; y en el voluptuoso clima de Nápoles, evocando el espectro del Norte, ha pintado este sombrío cuadro de *Les revenants*, como Rembrandt la *Ronda nocturna* á la espléndida claridad meridiana.

En aquella ciudad de la alegría, contemplando los arabescos de luz que fugazmente traza el sol en las olas, y que, al deshacerse para saltar de una á otra, parecen un tropel de mariposas de plata; aspirando los aires edénicos que hinchan el pecho de vida y el cerebro de savia; saturándose de ambiente ideal; embriagándose con el deslumbramiento de los profundos horizontes llenos de transparencia y oro; penetrándose de la dulce tristeza del crepúsculo cuando el sol pálido da sus poéticos adioses á la ciudad franjeando la cima trágica del Vesubio; gozando de aquella perenne fiesta del placer que, encendiendo la fantasía en alto amor artístico y multiplicando las sensaciones, debe investiros de la vitalidad de un dios y metamorfosear vuestro espíritu en lira: el dramaturgo noruego ha escrito *Les revenants*, contraponiendo á esta visión luminosa el recuerdo de su juventud, tan dolorosa y probada, marchita por un horizonte sombrío y un ambiente refractario al poeta, medio cuyo «marasmo corruptor»—empleando la bella expresión del distinguido traductor francés de *Les revenants*—«parecía matar el germen de lo porvenir...» No podía Ibsen escribir su obra maestra sino en comarcas meridionales: que siempre los grandes artistas del Norte han recibido en las aguas del Mediterráneo el bautismo de la poesía.

El total conflicto dramático del mundo se veía antes en la lucha entre el bien y el mal, representación que alcanzó simbolo hermoso en la dramática religión de Zoroastro. Ibsen, buscando en esta apariencia de la más exterior (el bien y el mal) sus raíces, ha trasladado el elemento dramático al verdadero conflicto de la existencia: á la colisión trágica entre la idea y el hecho.

ENRIQUE MALDONADO.

¡TRABAJADI

Como el volante brioso,
después de abierta la mano
que le prestó movimiento,
se queda luego girando;
como al querer detenerse
en su carrera el caballo,
siguen, sin poder pararse,
sobre la tierra los cascos;
como del baile en las vueltas
los cuerpos entrelazados,
siguen, después de la música,
el vivo compás marcando,
así, cuando del cerebro
termina el rico trabajo,
el volante que lo mueve
sigue en las vueltas lanzado.

Imágenes fugitivas,
ideas como relámpagos,
desprendidas de la lógica
entonces pasan de largo,
como ruedan y se pierden,
desprendidas de las manos,
las perlas, deshecho el hilo
del collar en que brillaron.

A veces llena el cerebro
un pensamiento tan claro,
que la mente fatigada
ansia sienta de alcanzarlo;
pero es tarde para hacerle
vivir en el mundo práctico,
porque el estilo, ya débil,
no puede arrojarle el lazo;

y aquel fulgurar del genio
se hunde del alma en el caos,
como en el mar una piedra,
como un soplo en el espacio.

¿En algún punto invisible
del Universo en que vamos,
repercute esa fuerza
desprendida del trabajo,
y tomará forma y vida
bajo un aspecto ignorado,
prestando el bien que no pudo
al escaparse vibrando?

Onda que empuja á otra onda
la hace rodar á algún lado;
semilla que lleva el viento
resurge y florece al cabo;

virtud que el amor practica
sigiloso y reservado,
vibra en alguna conciencia
y deja en ella algún rastro;
y si en la Creación no hay nota
sin ser parte de algún canto,
y está el grandioso Universo
por equilibrios formado,
esa fuerza que se escapa
del cerebro fatigado,
acaso no se evapore
y fecunde otros espacios.

¡Trabajadores de todo
lo que forja el sér humano:
trabajad, que del cerebro
no se pierde un solo rayo!

SALVADOR RUEDA.

LA LUCHA DE CLASES.

(PARA JOAQUÍN DICENTA.)



ALGUNOS días después de las jornadas revolucionarias de 1848 en París, Proudhon, en la vista de un proceso que se le seguía por conspiración, contestando á una pregunta del presidente, dijo «que había ido á contemplar los sublimes horrores del cañoneo». —«Pero, repuso el presidente, ¿no es usted socialista?» —«Seguramente que sí, señor presidente.» —«Pero, entonces, ¿qué es, pues, el socialismo?» —«Es, respondió Proudhon, toda aspiración hacia el mejoramiento de la sociedad.» —«Pues, en ese caso, dijo el presidente, no hay quien no sea socialista.» —«Precisamente eso es lo que yo creo, terminó diciendo Proudhon.»

Y Laveleye, que refiere el sucedido, añade: «La definición de Proudhon es demasiado amplia; faltan en ella dos caracteres: en primer lugar, toda doctrina

socialista tiende á introducir una mayor igualdad en las condiciones sociales; y en segundo término, á realizar estas reformas por la acción de la ley ó del Estado.»

La síntesis en que Laveleye concreta el concepto de «socialismo» es, en suma, bastante cierta en cuanto á los resultados que el socialismo persigue y á los procedimientos que para ello emplea. Pero esta síntesis, en cuanto se refiere al carácter esencial del socialismo contemporáneo, es deficiente á todas luces; la idea socialista contemporánea es, ante todo, producto de la emancipación religiosa que ha hecho posible la cultura científica, y del vuelo de la filosofía, libertada de las concepciones dogmáticas del mundo, de la sociedad y del hombre. El problema obrero, el asalariado, el pauperismo contemporáneo, no son, en suma, sino productos de las condiciones económicas de la sociedad, determinadas éstas por la dirección general de las ideas y por los fenómenos del trabajo social, que obedecen á los adelantos científicos y á las reglas jurídicas en una época dada.

Surgió el socialismo contemporáneo de la imposibilidad de reconstituir la antigua organización social, rota en pedazos por la emancipadora Revolución francesa. «Buscando un nuevo principio para regir las nuevas relaciones de la vida, porque sin regla, sin ley, es de todo punto imposible vivir racionalmente, y en la necesidad de que sea universalmente reconocido y aceptado, no se halla otro más inmediato y accesible que aquel que lleva el hombre en sí, en la unidad de su naturaleza y que la voz de la conciencia á todos dicta. Lo inmanente que tiene su raíz y principio lisa y llanamente en la naturaleza individual humana, ha de sustituir á lo transcendental que se impuso al hombre por la fe; se ha vivido según lo transcendental, hoy se nos anuncia con un nuevo sentido, con nuevas aspiraciones, un nuevo código jurídico, artístico, científico, moral» (1).

Esta idea filosófica es la que realmente ha dado origen al socialismo contemporáneo, curado de las utopías sentimentales y de los resabios cristianos de una caridad vana.

El socialismo contemporáneo entraña toda una nueva organización social, diferente y contraria á la antigua, porque deriva y dimana de ideas directoras nuevas que han aportado nuevas concepciones al espíritu humano. Este socialismo es lógicamente integral, aplicable en todos los órdenes, en las manifestaciones todas de la vida humana y de la organización de la sociedad; como tal, proclama nuevas concepciones en la moral, la política, las instituciones económicas, y alcanza hasta renovar el ideal artístico á impulsos de los descubrimientos científicos que van revelando la realidad ante nuestros ojos.

De aquí lo irracional y absurdo del llamado socialismo cristiano, puesto que forzosamente el socialismo contemporáneo es evolucionista y científico en su dirección y en su tendencia ideal, y no puede compadecerse con ningún dogma religioso ni ninguna revelación divina. De aquí también el complejo del problema social, en cuya solución no se trata tan sólo de destruir y reducir á escombros el edificio social, ya deshecho y roto, y que sólo en la apariencia se sostiene, y para lo cual se predica la necesaria y redentora Revolución, sino que se trata también de organizar una sociedad nueva regida por otras leyes y otros principios que la Ciencia va elaborando y la Filosofía recogiendo en ideas sintéticas, directoras de la futura vida de las sociedades humanas.

Mas este socialismo filosófico y científico ha debido concretarse en soluciones y afirmaciones políticas, y como la más grande de las injusticias que combate, por ser la más necesaria de destruir para abrir el paso á la implantación del nuevo estado de razón y de justicia, es la que arranca de las actuales instituciones económicas que hacen irrisoria la libertad de los más é imposibilitan la verdadera selección de los mejores; como es de todo punto indispensable llegar á la igualdad en las condiciones sociales, la primera afirmación política del socialismo es la emancipación económica del proletariado. Haber mostrado la perentoria necesidad de esta emancipación y su forzoso advenimiento, destruyendo de paso la antigua economía política ortodoxa, es lo que constituirá siempre el más grande honor y la más pura gloria de Karl Marx. Su materialismo económico, su *processus* de las fuerzas fatales de la naturaleza y de la sociedad, muestra cómo la evolución económica conduce inevitablemente á la desaparición de la producción y de la propiedad privada capitalista. Y en las ideas y manifiestos de Marx se basa la existencia de los partidos socialistas obreros que, como medio de agitación política, han proclamado la *lucha de clases*.

La *lucha de clases* no es un ideal del socialismo científico contemporáneo, ni tampoco una realidad de la historia ó de la naturaleza. Proclamada por la Revolución francesa la libertad política, borradas las diferencias que constituían á los hombres en castas y

(1) Discurso pronunciado en el Congreso por el Sr. Salmérón en defensa de la Internacional de trabajadores.

conquistada la dignidad del ciudadano en sustitución de la servidumbre del súbdito, no hay ni puede haber clases contrarias ni opuestas en lo político. Subsisten en lo económico donde el antagonismo no es ya de una clase á otra, siquiera existan la grande agrupación de los asalariados y el pequeño núcleo de explotadores, sino que es de individuo á individuo por la irracional estructura de la vida económica, incompatible con el establecimiento de hecho de la democracia política. Ciertamente que al feudalismo de la Edad Media ha sustituido hoy en lo económico tan sólo, el capitalismo, pero el principio democrático de la igualdad ante la ley no consiente la existencia de clases privilegiadas y clases desheredadas en lucha franca y antagonismo abierto. Y porque existe esa lucha, no como una necesidad ni realidad histórica ni natural, sino como lucha de hecho, y, téngase en cuenta, no de clases cerradas, siempre las mismas, sino entre grupos de individuos que pueden variar de condición; pero, porque en suma existen, es por lo que las simpatías de los socialistas van á los desheredados y á los humildes y por lo que aquí, en GERMINAL, sustentamos las reivindicaciones del proletariado clamando por su emancipación.

Pero no aceptamos que la lucha de clases sea la eterna lucha por la vida; eso es desconocer en absoluto lo que ambos conceptos representan y significan, el uno transitorio, emanado por condiciones económicas de un determinado estado social; el otro eterno,

propio de la naturaleza humana, principio mismo de la evolución; pero que no se ejercita entre los hombres los unos contra los otros, esos son resabios del salvajismo de la infancia de la humanidad, sino que se practica en la lucha de la humanidad entera contra las fuerzas hostiles de la Naturaleza.

¡Qué extravío, confundir el gran problema social, que atañe á todas las clases, con la cuestión obrera, la lucha de los obreros manuales contra los que no lo son! Pequeña y mezquina es esta lucha, comparada con la gigantesca Revolución social de todos los proletarios, los de la blusa y los de la levita, los del trabajo y los de la inteligencia, contra el régimen actual capitalista. Hay que estar ciego ó interesado en disminuir el poderoso empuje socialista para esforzarse en reducirle á una mezquina lucha de clases.

Los hombres que piensan en impulsar á su país por derroteros nuevos, los que aman de verdad el progreso y la justicia, los verdaderos ideales redentores, deben ser ante todo y sobre todo pensadores independientes, capacitados para mirar sin prejuicios los hechos de la realidad; no es bastante repetir unas cuantas frases prestadas de otros países, en que un socialismo sectario puede retardar el triunfo de tan justa y de tan noble causa; no es suficiente hablar del problema social con el acento enternecido del sentimentalismo romántico, ni confundir ansias vagas é indeterminadas de literatos decadentes que sienten la renovación social únicamente con entusiasmos artís-

120
ticos, con el profundo problema social, cuya solución, preparada por una revolución reparadora y justiciera, sólo ha de aportar la ciencia en sus elementos reconstructivos.

Y si ese procedimiento de agitación socialista que en Alemania se ha llamado la lucha de clases, se pretende por el partido socialista obrero español y los que con él simpatizan, hacer que sirva para disfrazar su táctica política de guerra sin cuartel contra los republicanos, y para servir de puntal y sostén al viejo régimen monárquico y religioso, nosotros los de GERMINAL, que sabemos—la historia lo demuestra—que no hay ninguna clase social que por su solo esfuerzo se emancipe, y que es hoy vana ilusión prescindir del concurso de la inteligencia para lograr la emancipación del proletariado, si eso se quiere, nosotros, socialistas y republicanos, que no va lo uno sin lo otro, abominamos de esa lucha de clases, instrumento cierto de reacción y de odio en nuestro desventurado país.

N. SALMERÓN Y GARCÍA.

FUSIÓN REPUBLICANA SOCIALISTA.



Los socialistas de España están unánimes en considerar la República como punto de arranque de la reorganización social. Los mismos afiliados al llamado partido obrero se han visto obligados á declarar por su órgano más autorizado, *La Lucha de Clases* de Bilbao, que su puesto está al lado de los republicanos y que ayudarán á estos á trabajar para lograr el gobierno popular, y ante esta terminante declaración pierde toda importancia la sorda enemiga de unos cuantos agitadores desacreditados que quieren imponer las fangosas intrigas de unos cuantos que medran en Madrid á las grandes corrientes de la política nacional.

Ante la necesidad perentoria de acabar con los escándalos del régimen actual, deben acallarse todos los odios y rencores personales, y los que por sí sólo no pueden realizar la gran obra están obligados á prestar su concurso al núcleo organizado que mayores probabilidades ofrezca. Formar núcleos aparte que combatan aquel, es faccioso, y la opinión debe condenar con implacable severidad este proceder, sea inspirado por ambiciones personales, despechos ú otras causas aún más censurables. Levantar en los momentos críticos actuales el pendón faccioso, significa traicionar la causa republicana, y la prensa popular está obligada á llamar á los hombres culpables de esta traición por su verdadero nombre. Dejémosnos de los convencionalismos de la política de antaño. Hay que luchar con la visera levantada; el pueblo ya es mayor de edad y necesita ver claro en todo el enredo de nuestra política de pasiones pequeñas para que se destaquen los caracteres y las inteligencias dignos de influir en la cosa pública.

Todas las simpatías que puedan gozar hombres como Pi y Margall y Esquerdo, nadie podrá sostener en serio que el grupo de hombres que les rodean forma un *partido* en el concepto científico de la palabra, que pueda aspirar á ser gobierno. Ni tienen el arraigo en la opinión, ni siquiera una plana mayor medianamente capacitada para gobernar en circunstancias ordinarias y mucho menos anormales revolucionarias que exigen superiores calidades de los hombres de Estado.

Por cariño personal y admiración al venerable maestro siguen al Sr. Pi los federales viejos y unos cuantos jóvenes; el resto está retraído con Vallés y Ribot ó ha entrado con Niembro y Antonete Galvez en la «unión revolucionaria» dirigida por Antonio Azuaga y Rafael Fernández Soria, ciudadanos ambos de indudable buena voluntad, pero sin los prestigios indispensables para llevar tras sí á la revolución una nación entera. Lo más que pudieran conseguir es una sublevación parcial, algo como el Cantón de Murcia, un movimiento aislado que no contaría con el aplauso del país y que sería fácilmente reprimido, dando tal vez el pretexto á la reacción monárquica de perseguir á los republicanos todos. Otra vez pudiéramos vernos abocados á leyes de sospechosos, á cuerdas que van á las Marianas, y á que millones de emigrados busquen el refugio en el extranjero. Evidentemente está la reacción clerical deseando este pretexto, pues que varios han sido los ensayos de esta índole intentados durante los últimos años. Los más brutales son la muerte de los siete desgraciados de Alicante y el horrendo panorama «anárquico» jesuíta de Barcelona.

Nuestros políticos de los cafés y de las tertulias estudian demasiado poco las corrientes subterráneas de la política. Mucho se extrañarían si se les demuestra que los colores rojos subidos obedecen casi siempre á sugerencias de la reacción. Así, por ejemplo, he seguido de cerca aquella espantosa tragedia de Alicante. El pobre Pedro Requena era un joven sin mali-



VIDAL G. ARENAL.—REGRESO DE LOS VENDIMIADORES.

cia que se agitaba en el ambiente librepensador alicantino dirigido por un discípulo del famoso Bartolomé Gabarró, el ex-cura carlista que en la Unión publicaba el anarquista *El 1.º de Mayo* y al cual Emilio Prieto abofeteaba en París porque quiso sacar de Ruiz Zorrilla dinero para supuestos «viajes de agitación revolucionaria.» Cuando yo obligué al sujeto á volver al claustro escolapio en 1894 estaba protegido por el carlista obispo Brian Libermore, de Murcia. Creo es aún dicho Gabarró el presidente honorario de la sociedad de librepensadores de Alicante «La Paz», él mismo parece sigue en un convento de escolapios de Cataluña. Quien no trae la vista bastante buena para penetrar en estos finisimos enredos, no sirve para la política moderna, llena de hipocresías, mentiras y traiciones. Muchísimos creen que empujan la Revolución, y en realidad, son instrumentos de la intriga reaccionaria monárquica-clerical.

La única salvación de esta corrupción horrible es el núcleo de hombres de honradez indiscutible que dirigen la Fusión republicana. Se puede poner en tela de juicio sus cualidades de hombres prácticos, habilidosos para la intriga menuda; se puede dudar de su radicalismo y en particular de su decisión en la realización del programa social; pero no se puede discutir siquiera la honradez de los hombres que dirigen aquella concentración de fuerzas. Si la Fusión tuviera inscrito en su bandera nada más que *Honradez*, ya sería suficiente para que toda España la aclamara y que todas las energías é inteligencias revolucionarias secundasen su obra.

Sin embargo, la Fusión representa mucho más aún: representa la democracia dispuesta á valerse del brazo de un general patriota, pero incapaz de aceptar la dictadura de un sable, ni la República de la cabeza de un tñioso, sino honrada, sin compromiso envilecedor alguno y libre por ende de reorganizar el país en sus raíces más profundas.

A ésta, y sólo á ésta República estamos obligados los socialistas á prestar incondicionalmente nuestro concurso, ensanchando la Fusión actual en una Fusión republicana socialista.

En otro artículo indicaré lo que el socialismo puede y debe esperar de esta Fusión.

ERNESTO BARK.

VIAJE DE NOVIOS.

(DIARIO DEL MARQUÉS DE ROSVEYRE.)

12 de Junio de 1880.—Quieren que vaya á pasar á Loèche una temporada, lo menos un mes. ¡Oh, Dios! ¡Un mes en una ciudad tan triste como dicen que es, cuyos balnearios son los más solitarios!; vamos ¿qué digo? ¡una ciudad! Si apenas es un agujero, una fea aldea; ¡en fin, pasar un mes en una prisión!

13 de Junio.—Toda la noche no he hecho otra cosa que pensar en este malhadado viaje, y sólo una cosa me queda que hacer y es... llevar á una mujer, pues creo que esto me distraerá algo, y también de este modo sabré si ya puedo casarme.

Un mes con alguien, de charla á todas horas, espero que no me aburriré.

Es verdad que tomar á una mujer por un mes no es tan grave como tomarla para toda la vida; pero es más grave que tomarla sólo por una tarde. La elección me parece que será difícil, porque no quiero ni una coqueta ni una tonta, y tampoco quiero avergonzarme ni ridiculizarme por ella; y no me agrada que se cuchichee: pobre marqués de Rosveyre; pero sí que se diga: el marqués de Rosveyre tiene buena mano.

14 Junio.—¡Ya encontré mi compañera por un mes! Berta: tiene 20 años, graciosa y bonita, saliendo del Conservatorio, futura estrella... del amor. Posee *sprit*, y por su figura y... amor es, en fin, objeto de ocasión que puede pasar por nuevo.

20 Junio.—Berta duerme; es verdaderamente encantadora. Cuando fué á la estación casi no la conocí, pues estaba cambiada por completo, tanto en sus maneras y en sus sonrisas, como en el andar y en la actitud: en fin, irreprochable. Llevaba un peinado tan encantador como sencillo, propio de una mujer cuyo papel ya no es el de agradar á todos, sino de gustar á uno solo, discreta y únicamente.

Esto se veía claramente, y la idea me pareció tan buena, que la ofrecí mi brazo como si hubiese sido su marido, y ella lo tomó con tanta soltura como lo hubiera hecho si hubiese sido mi mujer.

En el vagón nos acomodamos uno frente al otro, y al principio nos quedamos silenciosos é inmóviles. Después levantó su velillo y sonrió..., nada más que una sonrisa de buen tono. ¡Oh! yo temía el beso, la comedia de la ternura, el eterno y cansado juego de las niñas; pero no, se ha quedado reservada y fuerte. Hemos conversado un poco como recién casados y un poco como extraños. Berta se sonreía á menudo al

mirarme. Ahora soy yo el que tengo ganas de abrazarla, pero también me he contenido.

Al pasar la frontera un empleado abrió bruscamente la portezuela y me preguntó:

—¿Vuestro nombre, caballero?

Yo, extrañado, respondí:

—Marqués de Rosveyre.

—¿A dónde váis?

—A las aguas de Loèche.

El empleado lo escribió en un registro, y añadió:

—La señora, ¿es vuestra esposa?

¿Qué hacer, qué responder? La miré titubeando; estaba pálida y miraba á otra parte. Sentí que iba á ultrajarla gratuitamente, y después de todo la hacía mi compañera por un mes. Así es que respondí:

—Sí, señor.

Al decir esto, la ví ruborizar y fuí feliz. Pero cuando llegamos al hotel, el propietario le entregó el registro y ella me lo dió en seguida. Comprendí lo que quería que yo escribiera.

Esta era nuestra primera tarde de intimidad... Una vez vuelta la página, ¿quién leería este registro? Escribí: «Marqués y marquesa de Rosveyre, de paso á Loèche.»

21 Junio.—¡Qué espectáculo tan grandioso los eternos hielos de Suiza! Contemplábamlos juntos desde la ventana de nuestro hotel la Jungfrau.

Berta estaba perdida en ensueños, sin poder profirir una palabra.

De repente me cogió el brazo y le apretó. También de mí se apoderó una especie de fiebre que nos sobrecoge delante de ciertos espectáculos inesperados. Yo cogí aquella pequeña mano temblorosa y la llevé á mis labios... y la besé con efusión amorosa.

24 Junio.—En Loèche quería tener cuidado de dejar entrever que no era mi esposa, y dije á Berta:

—Querida mía, tú llevas mi nombre, se te cree mi esposa; espero que como tal te comportarás con prudencia y distinción. Nada de hacer conocimientos fáciles ni relaciones improvisadas. Que se te crea altiva, y mira que no tenga que arrepentirme de la confianza que te demuestro.

—No temas nada,—me dijo ruborizándose.

29 Junio.—¡Qué diablos! La princesa de Vanoris ha venido en busca de nosotros; quiere conocer á mi esposa. La he presentado á Berta; pero la he ordenado que evite cuidadosamente el encontrarla... Sin embargo, Berta es entre todas las damas la más encantadora, la más distinguida... Pero, ¿qué le hemos de hacer?...

10 Julio.—Berta es la reina de Loèche. Todo el mundo se vuelve loco; se la festeja, se la mima, se la adora. Y, en efecto, es la gracia misma... ¡y cuánta distinción! Me envidian.

La princesa de Vanoris me ha preguntado:

—Pero, dígame, ¿dónde habéis hallado este tesoro?

Yo tenía ganas de contestarla: primer premio del Conservatorio, sección comedia; contratada en el Odeón y libre desde el 5 de Agosto de 1880.

¡Qué cara hubiera puesto, Dios mío!

20 Julio.—Berta es verdaderamente admirable. Ni una falta de tacto, ni un rasgo de mal gusto; ¡es maravillosa!

10 Agosto.—París. ¡Todo terminó! Al despedirme de Loèche parecía que todo el mundo lloraba. En honor á Berta, habíamos subido todos por última vez á ver desde más cerca las cimas blancas de la Jungfrau.

¡Ah! ¡Qué puesta del sol más admirable!

Las damas estaban extasiadas; un estremecimiento de encanto vibraba por el alma de todos. En este momento se oyó saltar el corcho de una botella de Champagne, y el príncipe de Vanoris, presentando un vaso á Berta, exclamó:

—¡Bebo por la salud de la marquesa de Rosveyre!

Y todos contestaron:

—¡Bebo por la salud de la marquesa de Rosveyre!

Ella se levantó y dijo:

—¡Bebo por la de todos mis amigos!

Tres horas más tarde tomábamos el tren en Ginebra, por el valle del Ródano.

Apenas nos quedamos solos, Berta, tan dichosa y alegre antes, se puso á sollozar.

Me arrojé á sus piés:

—¿Qué tienes? ¿Qué te pasa? Dímelo.

Ella balbuceó entre lágrimas:

—¡Es... es que... se terminó ya de ser una mujer honrada!

Por cierto que poco, muy poco faltaba; yo hubiera cometido una tontería... ¡una gran tontería!... pero no, no la cometí...

Yo abandoné á Berta al entrar en París. Más tarde tal vez hubiera sido demasiado débil para esto.

(El diario del marqués de Rosveyre no ofrece interés alguno durante los dos años siguientes. Bajo la fecha del 20 de Julio de 1883 encontramos las líneas siguientes.)

20 Julio 1883.—Florencia. Un recuerdo triste. Me paseaba por el parque de Cassines, cuando una dama mandó parar su carruaje para llamarme.

Era la princesa de Vanoris.

Apenas me apercibí me dijo:

—¡Oh, marqués, querido marqués, cuánto me alegro de veros! Pronto, pronto, deseo saber noticias de la marquesa, por cierto la mujer más encantadora que he visto en mi vida.

Me quedé sorprendido y no sabía qué decir. Mi corazón latía con violencia y contesté:

—Nunca me habléis de ella, princesa; hace dos años que la he perdido...

Ella me cogió las manos:

—¡Cuánto os compadezco, amigo mío!

Nos despedimos. Yo volví á mi fonda triste, descontento, pensando en Berta, como si acabáramos de separarnos.

¡El Destino se equivoca á menudo!

¡Cuántas mujeres honradas habían nacido para *demimondaines*... y lo demuestran!

¡Pobre Berta! ¡Cuántas otras habían nacido para ser mujeres honradas... y ésta... más que nadie... tal vez... En fin, no hay que pensar más en esto.

GUY DE MAUPASSANT.

SUEÑO.

«Que toda la vida es sueño,
y los sueños, sueños son.»

CALDERÓN.

Soné que la veía roja de gozo, abrazada á mi cuello como una loca, rebosando su cuerpo fiero alborozo y apretando su boca contra mi boca. Agitados los pechos como oleaje de mar alborotada por rudo viento, y hechas trizas las cintas de su ropaje, que febril se quitaba sin miramiento. Los íntimos encantos de su belleza, surgiendo entre cendales de claro tono, radiantes, como el nimbo de su cabeza, que en mi cuello apoyaba con abandono. Los ojos entornados, dulces y bellos, brindando arrobadores tierna ventura, y los oscuros rizos de sus cabellos cayendo de su espalda por la blancura. Y cuando más gozoso la acariciaba, pensando fuera eterna la dicha mía, fiera como la muerte, me despertaba con sus rayos fulgentes la luz del día.

JOAQUÍN ALCAIDE DE ZAFRA.

LA SOCIEDAD DEL PORVENIR.

Si extraviarse demasiado en el reino de la Utopia, puede presentarse ante la vista de los hombres de hoy un estado social muy diferente del actual; un medio ambiente donde la verdad demostrada reinaría sin disputa, donde todos trabajarían sin intenciones aviesas y sin temor de extender el dominio de la verdad. La utilidad social definida científicamente, sería de guía y regla al legislador y al moralista.

Si esta sociedad sale una vez del limbo, reconocerá las leyes de la evolución y se practicará en ella consciente y voluntariamente la selección del más fuerte, del mejor y del más inteligente. De tal modo serán organizadas las cosas, que las probabilidades del éxito serán iguales para todos los concurrentes al principio de la carrera de la vida.

La educación é instrucción, científicamente combinadas para desarrollar al hombre bajo el concepto físico, moral é intelectual, serán ofrecidas á todos los individuos para que aquel que quiera suba hasta los escalones más elevados de la sociedad.

Habrá desigualdad en esta nueva sociedad; pero la desigualdad racional, basada sobre la diferencia de las aptitudes y facultades.

La influencia, el poder, hasta la fortuna, serán regladas según el grado de desarrollo que el individuo alcance. Al principiar la vida, habrá igualdad; al terminarla, habrá desigualdades; porque para durar y progresar á medida de lo posible, es indispensable que una sociedad sea dirigida por los mejores y los más inteligentes de sus miembros.

Habrá, pues, una jerarquía social, pero una jerarquía razonable y justa, basada sobre el valer personal y probado, por consiguiente indiscutido é indiscutible.

En esta edad de oro caminará el progreso con velocidad progresiva é incomprensible á nuestra actual sociedad anárquica; y el hombre, á la vez más dichoso y poderoso, establecerá su imperio sobre la naturaleza.

París.

DR. LETOURNEAU.

LA GENTE JOVEN.



El espectáculo que está ofreciendo la gente joven ante la invasión del carlismo y la catástrofe financiera que nos amaga, no puede ser más interesante para el porvenir de España.

La decisión y la energía demostradas en las campañas que viene llevando á efecto GERMINAL desde su aparición, han encontrado eco no solamente en los pueblos que por su importancia y por sus relaciones comerciales están en comunicación constante con los grandes centros de la civilización, sino en aquellas apartadas aldeas donde nuestra falta de virilidad ó de iniciativa no ha podido hacer que penetrase el rayo vivificador del progreso.

Las cosas van cambiando. Adormecidas las energías de este pueblo, parece que intenta hoy sacudir el marasmo que ha venido enervándolo durante tantos años. Esto se debe, principalmente, al espíritu organizador de una juventud que ha empezado á dar señales de vida, y al apoyo que ha encontrado en los elementos neutros, deseosos de horizontes nuevos.

Este elemento neutro es, por su pasividad, el principal responsable de todos nuestros males. Ha sido preciso que sintiese en el rostro los latigazos de sus gobernantes para que se levantara, impulsado por el estremecimiento de dolor, ya que no por el de la rabia.

Nosotros, la juventud que lucha con entusiasmo por la consecución rápida de sus ideales, la gente joven que pelea para imponer por la razón ó por la fuerza lo que no se han atrevido á hacer los estultos gobiernos restauradores, se ha levantado airada para protestar virilmente contra ese régimen desertor de la justicia, amamantado en el fango de la prostitución más vergonzosa, secuestrador de la libertad, esquivo á todo sentimiento humanitario, patrocinador acérrimo de los más sucios chanchullos, prófugo de la moralidad, enemigo implacable de la honradez, conservador del desorden; régimen en el cual se ha llevado la conculcación de todos los derechos por norma, la usurpación de todos los poderes por regla, el atropello y el escándalo por máxima, el egoísmo por ideal, la ambición de mando por doctrina, la disolución de todas las clases sociales por principio, la perfidia y la traición por lema, la imposición y la dictadura por método, la perturbación por régimen, el servilismo y la adulación por sistema, el asesinato de todas las libertades por bandera, la persecución y el fusilamiento por programa.

Todo hombre que viene observando las funestas consecuencias que nos ha traído la desdichada gestión de nuestros hombres públicos, se ve impelido, por ley irresistible de la lógica, á prestar su decidido apoyo á la obra regeneradora de GERMINAL.

Y el aplauso sincero, unánime y espontáneo, de la gente pensadora, nos ha indicado el camino que habíamos de seguir en esta lucha titánica de los nuevos ideales contra las preocupaciones del antiguo régimen.

Tremenda es la brecha que ha abierto en esta primera etapa la juventud revolucionaria, abrazando de lleno la causa del socialismo positivista como base de nuestra reorganización económica y punto de partida para la formación del *Ministerio del Trabajo*.

Abandonar una campaña bajo tan buenos auspicios comenzada y cuando más se necesita el concurso de todos, sería un delito imperdonable, en el que seguramente no hemos de ser nosotros los que incurramos.

La sola idea de constituir aquí una *Comisión de reformas sociales* que recabara constantemente de los poderes públicos el mejoramiento de las clases desheredadas, podría ser causa eficiente para agitar la opinión en favor de los partidos avanzados y de que éstos no sufrieran los desmembramientos que sirven para aumentar la lista de desertores en los partidos monárquicos ó para engrosar las filas de un partido que se ha titulado socialista sin presentar una solución original ni práctica, y que únicamente parece empeñado en censurar y desbaratar la obra de los republicanos.

Fijáos atentamente en los hechos. La *Comisión de Estudios sociales* de Portugal, ha estado á punto de provocar la revolución en el país vecino. No estará segura la monarquía de los Braganzas mientras aquella *Comisión* pueda funcionar con desembarazo y contar con el apoyo de los importantes elementos que le rodean.

Allí, como aquí, vemos en lontananza un punto negro: la bancarrota financiera; y un punto claro: la revolución social.

Allí, como aquí, creemos que sólo el problema social puede dar al traste con todo lo existente.

Claro está, que para llegar á la solución práctica de las ideas no hemos de limitarnos á presentar el problema bajo un solo aspecto.

Owen, por ejemplo, creyó resuelto el conflicto so-

cial constituyendo la sociedad en una sola familia con promiscuidad de sexos y comunidad de hijos. Saint-Simón se inspiró en las concepciones panteístas de Hegel para fundar un socialismo teocrático. Luis Blanc creó los talleres nacionales, como Fourier los falansterios y como Cabet sus colonias de icarios. Proudhon y Marx lo han presentado ya bajo otro punto de vista más aceptable, tal vez por estar sus sistemas más en armonía con las necesidades de los tiempos.

Esta debe ser hoy, á nuestro entender, la misión de la juventud: estudiar un problema que bien puede ser el principio de una revolución que ponga término á notorias injusticias y á infames desigualdades, y tomar de los grandes socialistas las ideas que, en el orden económico puedan armonizarse con el carácter, con las costumbres ó con el grado de cultura de este pueblo para ir las aplicando metódicamente y sin que sufran alteraciones en su marcha interior.

El socialismo positivista ha salido ya del dominio filosófico y está invadiendo el mundo de la realidad.

Esta sociedad utilitaria entiende que un hombre en plena facultad de sus fuerzas no tiene derecho á pedir limosna ni á recibirla, aun cuando le falte trabajo, y el hombre que no es hoy ya, ni puede serlo, una bestia de carga para resignarse humildemente á pasar humillaciones, reclama con justicia que se le remunere proporcionalmente al concurso prestado á la riqueza nacional. Pero la sociedad ó el Estado le niegan este derecho, como le niegan el derecho al trabajo no facilitándole y entonces se entrega á las desastrosas corrientes de la desesperación y el crimen. Así se comprende que la cuestión económica debe preocupar hoy los ánimos más que las cuestiones políticas. Se impone la política social.

Por ahora hace un año se hizo un empréstito de 400 millones de pesetas para atender á los gastos de la guerra. Se solicitó en Mayo otro de 200 al Banco Hispano Colonial, y no quiso darlos sin la garantía de las Cortes. Los facilitó el Banco de España y ya hemos empezado á tocar los resultados de la circulación forzosa. No hay dinero disponible para cubrir las necesidades contraídas por los partidos de la Monarquía, y según los datos que el Gobierno ha tenido á bien facilitarnos en la *Gaceta*, nos cuesta la guerra diariamente la insignificante suma de 1.200.000 pesetas. ¿Adónde vamos por ese camino?

Deber de la juventud es trabajar por la cuestión económica y combatir contra esas dos plagas que consumen todo el dinero de la nación: el militarismo y el clericalismo. Nuestro ejército no es una institución nacional, es un instrumento ciego de los partidos. Aquí el servicio militar es obligatorio para los desheredados de la fortuna, voluntario para los poseedores del capital. Aquí se manda á Cuba á los desgraciados para que entreguen la pelleja, y á los hombres de posición ó influencia también se los envía, pero es á despellejar al prójimo.

Esto hay que repetirlo en todos los tonos un día y otro, y decir alto que aquí lo que domina es la anarquía, que los anarquistas únicos de España son los Gobiernos de la Restauración.

Achaque viejo es el de deshacer unos lo que han hecho otros. El partido que sube al poder reforma todo lo que, por casualidad, hizo bien su antecesor, para hacerlo mal, y si de por sí era ya malo, también lo reforma para hacerlo peor.

Nosotros hemos de marchar al unísono con los viejos, con esos viejos de edad, pero tan jóvenes como nosotros en entusiasmo, y en cuyos ideales se ha inspirado la generación nueva.

La *Unión Republicana*, de Pontevedra, comprendiendo cómo la gente del día puede hacer algo práctico, nos dice: «Pero no basta que la juventud sienta aversión interna por todo lo que va en contra de la idea que en ella se agita; no basta tampoco señalar defectos, hay que hacer más para cumplir con el pensamiento que nos anima; tenemos el deber imperioso de exteriorizar nuestras ideas para abreviar la evolución; de indicar los remedios que saneen y robustezcan á esta sociedad decrepita; de conquistar á los viejos, no por la razón de la fuerza, sino por la fuerza de la razón que está de nuestra parte, y para esto se necesita que los jóvenes nos lancemos á la lucha en todos los terrenos, en la prensa, en el *meeting*, en el teatro, en el Ateneo, allí donde quiera haya opiniones contrarias á las nuestras para rebatirlas y para señalar el camino de la verdadera redención. Por eso es obra meritoria la labor emprendida por la valiente é inteligente redacción de GERMINAL.»

Estamos conformes y creo que por ese camino hemos de hacer bien pronto algo útil.

No importa que pseudo-demócratas como Richter en Alemania, Verly en Francia y el conde de San Bernardo en España intenten una campaña de acción contra las nuevas tendencias que se dibujan en los partidos avanzados.

Elementos más poderosos, partidos, gobiernos, instituciones y tronos han caído arrollados bajo la acción demoledora del progreso.

Y si por dificultades invencibles no pudiéramos llegar mañana donde nos proponemos y participar de la

gloria y de los laureles del triunfo, siempre nos quedará el consuelo de repetir con Quevedo:

«Los casos dificultosos
y justamente envidiados,
empréndenlos los honrados,
acábanlos los dichosos.»

FRANCISCO MACEÍN.

LOS PROLETARIOS DE LEVITA.

(LA VANGUARDIA.)

Nuestras iniciativas en favor de los proletarios de la prensa han encontrado el eco que esperábamos. Varios estimados colegas de provincias han acogido con aplauso lo expuesto por nosotros, y numerosos periodistas nos preguntan en carta particular la actitud que sería conveniente que tomaran desde sus respectivas localidades.

A los periodistas nos corresponde el puesto de honor en la pelea por la mejoría de los proletarios. Es un deber nuestro ocupar lugar en las filas de la Unión de dependientes y empleados; porque también nosotros somos proletarios que vivimos del día al día, explotados por empresarios capitalistas. Los recientes suicidios de compañeros nuestros dejan entrever el abismo en cuyo borde trabajamos y luchamos.

La *Unión Republicana*, de Pontevedra, nos anima á perseverar en nuestra campaña, escribiendo:

«En literatura ha hecho GERMINAL una ruda campaña contra la generación literaria representada por Pérez Galdós, Pereda y Leopoldo Alas.

«Veremos quién quedará vencedor; si los antiguos prestigios ó la briosa *gente nueva*. Por de pronto hay que apuntar que Reyles, el poeta americano, defiende en *El Liberal* al naturalismo contra Juan Valera.

«De mayor interés práctico para la república de las letras es la cuestión suscitada por GERMINAL y presentada á la Asociación de la Prensa de Madrid. Trátese de mejorar la suerte material de los publicistas por medio de la participación en los beneficios de las empresas de periódicos en favor de sus redactores, y el articulista del estudio. *El proletariado periodístico*, del último número de la citada Revista, cree que el 10 por 100 de esos beneficios sería suficiente para mejorar la situación del periodista y elevar el prestigio de la clase.

«Esperamos las iniciativas de la prestigiosa Asociación de la corte, que encontrarán, sin duda alguna, eco en las provincias, y sería de desear que este asunto fuera el pretexto para que los 8.000 periodistas de España se organicen, como lo han hecho hace ya muchísimos años, en Francia, Alemania, Italia é Inglaterra.»

La Asociación de la Prensa de Madrid simpatiza, sin duda, con esta propaganda; pero me parece que no está tal vez obligada á tomar las iniciativas, por varias razones de delicadeza que los compañeros de provincias no dejarán de apreciar en su justo valor.

La prensa madrileña puede defender con brío y abnegación los intereses de otros; pero ha sido siempre el Cristo crucificado que sacrifica todo por los demás.

Es un sentimiento de delicadeza que la mueve á esperar el impulso en esta cuestión profesional desde las provincias que pueden obrar con mayor independencia.

Que Coruña, Barcelona, Sevilla, Valencia y otras ciudades se pronuncien, y en seguida les contestará Madrid.

A. DE SANTA CLARA.

SATURNALES FIN DE SIGLO.

PARA pintar las miserias de nuestro mundo oficial y las impúdicas orgías de esta España monárquica fin de siglo, donde tienen su asiento las tres plagas más grandes que pueden acabar con lo poco que hay aquí ya de exuberante, no caben crónicas elegíacas ni suspiros de dolor.

Los tonos sombríos que han de dar relieve á este cuadro, podrán creerse tal vez inspirados en las creaciones pesimistas de un Kant ó de un Schopenhauer. Nada más lejos de nosotros que llevar al ánimo de nuestros lectores los negros pesimismo de ambos ilustres filósofos. Nada lamentaríamos con más honda pena que si contribuyésemos con estos trabajos á debilitar los espíritus y á rebajar los caracteres más de lo que están.

Pero nos debemos á la verdad y sin que nuestro objeto sea recargar los cuadros, vamos á sacar á la

superficie las impudicias del fondo, para que se aprecie en toda su magnitud el estado de rebajamiento de los hombres y de las cosas que nos rigen. Y lo haremos, no llorando, sino maldiciendo.

Cada día se está haciendo más necesaria una nueva fusta de Juvenal que trate á latigazos á los mercaderes de la política, á los fariseos del clericalismo y á los que del ejército hacen un instrumento de sus maquiavélicas artes.

No caben contemporizaciones con hombres cuya corrupción moral es más repulsiva que la corrupción del cuerpo. No puede nuestra benevolencia ofrecerse á los que están metidos en el fango de una saturnal propia de la Roma decadente y de una Byzancio con sus melifluos y viciosos oradores.

Hasta en sus ambiciones son liliputienses las gentes que pupulan en las altas esferas del organismo político. A haber vivido en las presentes circunstancias, no se hubiera conformado la duquesa de la Torre con menos de ser reina, como lo hubiese sido en otro tiempo sí, dejándose llevar de su carácter, desobedece las indicaciones de aquellas personas que la aconsejaron un día exquisita prudencia para provocar más tarde la catástrofe del 22 de Junio. No obstante, doña Joaquina de Osma se ha conformado con poseer un título nobiliario, un pergamino más ó menos inservible cuando su marido ha sido el primer ministro de la Restauración y el que ha hecho reyes. La viuda de Cánovas ha tomado como concesión graciosa los míseros relieves ofrecidos por la alta alcurnia.

Aunque nacido en las últimas capas sociales como Espartero, no ha podido Cánovas igualar su figura con la del duque de la Victoria. Mucho menos se hubiera igualado con la de un Cromwell. Son así; grandes, pero grandes plebeyos.

Nuestros gobernantes y hombres de talla son, por lo general, pobres y aun pequeños de espíritu.

Se ocupan en garantizar al trono la conservación del orden público contra los excesos de la demagogia socialista, aunque es más fácil hacerlo con billetes de 1.000 pesetas que con las armas.

No puede dudarse de que el país se salvará pronto con hombres semejantes.

Continuaremos.

JULIO THERMIDOR.

RÁPIDA.

CAROLINA OTERO.

¡Ahi la tenéis! ¡Podéis verla! Pasea por Madrid sus brillantes y su hermosura, y descocada se exhibe en calles y teatros como moderna hetaria que hace gala de su impudor y su lujuria. ¡Joyas, brillantes, sombreros!... ¡El ideal de la mujer! ¡Todo lo tiene! ¡Cuántas han de enviarla!

Recorre triunfalmente la villa y corte, y á su paso esta sociedad convencional y reaccionaria se descubre admirada. ¡Sí, paso! Es el vicio, la carne brutal y grosera que sobre miserias y lágrimas se yergue altiva y arrogante reclamando su puesto en el orgiástico festín de los dichosos y desafiando á los desheredados de la tierra!

A. GARCÍA CANO.

LOS SOCIALISTAS Y EL GOBIERNO.

Lo venimos observando. Apenas se inicia la idea de celebrar un *meeting* en el que toman parte los hombres más prestigiosos del republicanismo ó del socialismo, apresúrase el Gobierno á poner en movimiento fuerzas para prevenir cualquier perturbación que pueda originar un conflicto de orden público.

No hace mucho los socialistas de Bilbao quisieron reunirse y protestar de los desafueros del caciquismo

y tuvieron que irse á San Sebastián, porque en Bilbao no se les permitió hacerlo.

Ahora, secundando la campaña iniciada por GERMINAL á propósito del servicio militar obligatorio y respondiendo al *meeting* del Liceo Rius se han celebrado el domingo dos reuniones en Bilbao: una en el Teatro-Circo del Ensanche, y otra en el Frontón de Ortueta, donde se ha combatido rudamente las injusticias del régimen.

El Gobierno, temeroso de que aquellos socialistas cometan algún desmán, como si no hubiesen dado pruebas de su tacto, ha reconcentrado fuerzas de misiones y Guardia civil en previsión de probables desórdenes.

Y si el Gobierno se halla decidido á reconcentrar fuerzas en las poblaciones donde se organizan *meetings* pidiendo que á la guerra vayan todos, va á tener forzosamente que establecer el servicio obligatorio, porque á las reuniones de Madrid, Barcelona, Valencia, Málaga, Coruña, Mataró, Almería, Ferrol, Mieres, Oviedo, Manacor y otras que no recordamos, seguirán las de Toledo, Santiago, Turón, Linares, Palma, Castellón, Burgos y otras que tampoco recordamos.

Y si el Gobierno se propone concentrar fuerzas en todos estos puntos, parécenos que va á ser necesaria una movilización que ni la de Cuba.

De todos modos el servicio forzoso será pronto un hecho á seguir por ese camino.

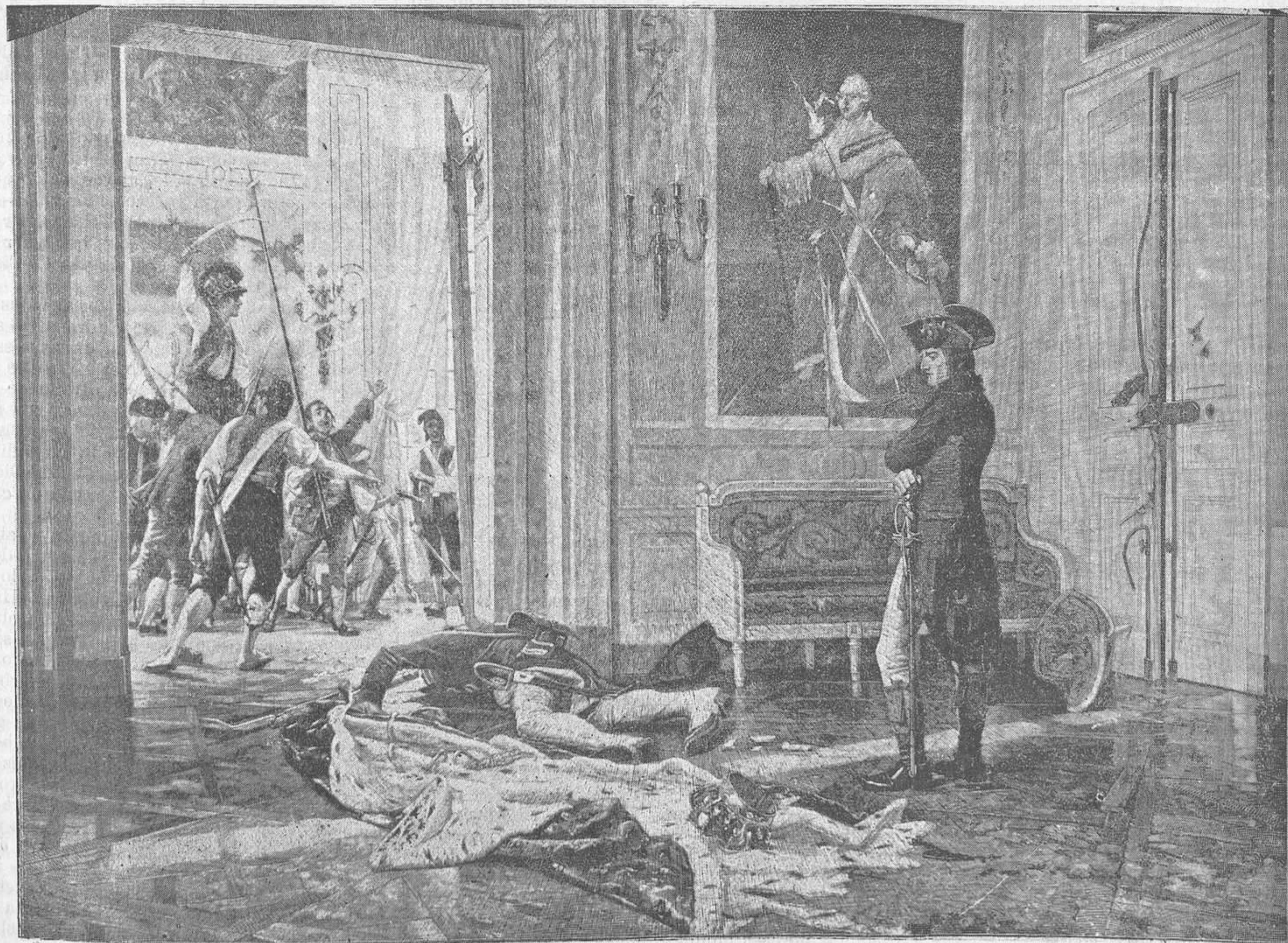
Tanta precaución con los socialistas y, en cambio, los carlistas vienen preparándose hace tiempo, haciendo cínico alarde de contar con huestes más numerosas que las de Jerjes, y ni los conservadores ni hasta la fecha los liberales han tomado, que sepamos, precaución alguna.

Eusebio Blasco ha venido haciendo tiempo atrás una campaña contra los manejos jesuíticos de la gente clerical y no han sido escuchadas sus sanas advertencias por los que tienen el deber imperioso de hacerlo.

No se alarmen nuestros gobernantes. Los republicanos socialistas no somos tan cándidos que hemos de darles pretexto, provocando una algarada, á que cometan asesinatos como los de Río-Tinto.

Nosotros no pensamos dar á esta situación más que un golpe. Uno solo.

El golpe de muerte.



NAPOLÉON EN LAS TULLERIAS.

UNIÓN DE DEPENDIENTES Y EMPLEADOS.

LOS VIAJANTES DE COMERCIO.

El gran agitador Gambetta comprendió la influencia de los viajeros de comercio para la causa de la República. No desafiaba el fogoso orador de llamarse el primer viajante de Francia, de presidir las reuniones de esta clase comercial y asistir á sus banquetes.

Nuestro redactor A. de Santaclara ensayaba en 1891 fundar en Barcelona una Sociedad de viajeros, inspirada por aquel proceder del patriota francés; pero en España no estaban las cosas entonces como en Francia: su intento fracasó, y la organización redundaba en provecho de unos cuantos vividores que la explotan á su antojo.

Relacionado con aquella campaña nos escribe un viajante, cuyo nombre debemos ocultar para que las iras de su patrón no se desencadenen sobre su cabeza.

«Lo que en aquella reunión—escribe el viajante aludiendo á lo referido—nos predijo el Sr. Santaclara, cuyo nombre veo con gusto en GERMINAL, ha sucedido: en vez de servirnos de apoyo, nos perjudica la Sociedad de Viajeros de Cataluña en unión con la de Madrid, porque son instrumentos dóciles de nuestros adversarios los dueños de los almacenes y fábricas. Estas sociedades son una especie de policía ejercida sobre nosotros, y unas esposas de hierro que nos atan las manos, impidiéndonos levantar nuestra protesta.

«La asistencia en enfermedades y en caso de muerte el entierro y una cantidad exigua á la viuda del difunto, no están recompensados por aquella sugestión en que nos tienen esclavizados las sociedades citadas. En honor á la verdad, creo que más bien dañan que sirven, y si no se inspiran en los verdaderos intereses nuestros, debieran desaparecer, para dar lugar á que nos unamos en la gran unión de todos los dependientes y empleados de España. ¿Por qué no hace GERMINAL una enérgica campaña contra estas sociedades enemigas del explotado y aduladoras de los patronos que las dirigen? Nuestra vida es mucho peor y más expuesta á enfermedades y accidentes que la de los dependientes de comercio. En el frío y en el calor viajamos noche y día, con riesgo constante de nuestra vida...»

Nuestro amigo se adhiere á la Unión, y presenta las bases para organizar dentro de ella una sección de viajeros. Le parece muy á propósito pedir el 10 por 100 sobre los beneficios líquidos de las fábricas, repartidos entre todos los empleados y obreros de las mismas. También indica que los viajeros pudieran obtener grandes ventajas de comodidad en sus viajes si hallaran en los empleados de ferrocarriles y en los jefes de estaciones compañeros y consocios, unidos por los lazos de la solidaridad.

Estas iniciativas nos parecen perfectamente bien y pueden contar desde luego con nuestro incondicional apoyo.

ILUCHA!

De la vida me lanzo en el combate
sin que me selle filiación alguna,
y atrás no he de volver, hasta que ate
á mi triunfante carro la fortuna.

Contra mis enemigos, terco y rudo,
esgrimiré en la lid, que no me apoca,
por lanza mi razón, y como escudo
mi carácter, más firme que una roca.

Ni el desengaño pertinaz me arredra,
ni ante los golpes del dolor me humillo;
la estatua surge de la tosca piedra
á fuerza de cincel y de martillo.

¡Combatir es vivir! La luz sublime
entre las sombras de la noche crece;
espada que en la lucha no se esgrime,
encerrada en la vaina, se enmohece.

La mujer con sus gracias y hermosura
rendir no puede mi ambicioso anhelo...
¡qué importa al ave la feraz llanura,
si con sus alas se remonta al cielo!

Mi razón en peligros no repara;
ó subir á la cúspide consigo,
ó muero sin volver atrás la cara...
¡escupiéndome en el rostro á mi enemigo!

Ni la derrota en mi valor rehuyo;
mas, antes de rendirme fatigado,
me encerraré en la torre de mi orgullo
y entre sus ruinas moriré aplastado.

FRANCISCO VILLAESPESA MARTÍN.

Un libro del profesor Chjaksy.

Con el título nuevo y sorprendente de *La locura cotizada*, ha publicado el distinguido frenópata y profesor polaco Chjaksy un extenso opúsculo, casi un libro, de relevante mérito científico y de muchísima trascendencia social.

Hasta el promedio de nuestro siglo se había escrito poco por los clásicos tratadistas de la medicina mental con respecto á la imputación de locura, ó sea á la posibilidad práctica de hacer pasar por loco á un sujeto sano de razón, con todas las consecuencias legales, políticas y otras de menor importancia para la víctima de tal crimen, que el citado tratadista califica sentenciosamente, y no sin motivo, de *asesinato civil del moderno ciudadano*. Parece que durante los últimos lustros se nota un funesto adelanto en las malvadas pasiones y perversas costumbres de determinadas Compañías ó asociaciones, dedicadas á dominar la sociedad, no importa cómo, con tal de que todo ceda servilmente á los planes de quienes saben y pueden realizarlos á la mayor gloria de Dios ó del diablo, que en este punto concreto del provecho andan muy divididos y opuestos los pareceres de doctos y sesudos especialistas en tal materia.

Un insigne antropólogo español se ocupa especialmente de lo que él llama *agresividad usurpadora*, en sus varias formas de manifestación actual, y sin duda alguna entra de lleno en tal orden ó género de delitos, la imputación de enfermedad mental, para que un sujeto pierda todos sus derechos y desaparezca, no del mundo, pero sí de la sociedad civil, y deje un lugar vacío, aunque sea en el seno de su familia, ó siquiera una vacante gacetable de *real orden*, y á veces un destino particular y privado.

Hemos progresado tanto en el terreno especulativo ó financiero, que un ciudadano queda muy fácilmente reducido á unidad aritmética, manejable y empleada según convenga á quienes mandan más que gobiernan las muchedumbres, con la astucia ó con la fuerza, según convenga á sus fines particulares y de secta.

¿Para qué emplear el hierro ó el veneno, teniendo disponible la calumnia, tan homicida y más limpia, para reducir á los vivos al estado de cadáver ambulante en una celda idónea, secuestrando así á quien estorba? ¡Si será humanitario el adelanto conseguido, que perdona la vida á los condenados á morir por vicios ajenos!

Benigna, pía y loable es la institución del medio moderno para eliminar al que está demás en el círculo de una topografía social, comparado sobre todo con los groseros procedimientos históricos destructores individuales, inclusive los del *Santo Oficio*, tan favorables al progreso de las ciencias y las artes conservadoras de la fe, según es de pública notoriedad en la vieja Europa del cesarismo militante y las guerras de religión, cuyo solo recuerdo horroriza por lo sanguiñarias y brutales.

Bien dice el escritor de la monografía que analizamos abreviadamente: «el dinero, señor del mundo», es el móvil de los más atroces delitos en todos lugares y tiempos.

Los modernos se caracterizan bastante por la doblez y la astucia, puestos al servicio de la egoísta plutocracia, siendo naturalísimo que la calumnia vaya á la cabeza de todas las malas artes dirigidas á corroer insidiosamente el honor y la fama de los hombres virtuosos, que por serlo molestan ó estorban cual nuevos Aristides perseguidos por los que se titulan cristianos, sin haber dejado de ser fariseos, y de nuevo cuño los más sobresalientes entre los taimados discípulos de Loyola.

Convengamos con el ilustre Chjaksy, cuyo notable trabajo motiva este artículo, que dada la vida moderna artística y científica de los elementos activos sociales en los grandes centros de población, no hay personalidad medianamente conocida y apreciada por sus obras que esté á cubierto de una serie de imputaciones de desequilibrio mental.

Trátase de elaborar un encierro, legalizándolo con todos los requisitos de la rúbrica, pues el procedimiento que usan es vulgar, directo y eficaz: la envidia anticipa prodigamente los materiales para el cuerpo del edificio; la mentira proporciona cuanto es menester á su adorno, y la maldad sistematizada se encarga del resto.

Lo primordial es despertar en el acusado la desconfianza de sí mismo; luego se le induce á solicitar auxilio médico, y surte muy buenos resultados, con harta frecuencia, iniciar y obtener el delirio persecutorio en las víctimas. No se necesita más para enterrar vivos á los más sabios varones, llorándoles hipócritamente sus enemigos la desgracia de haber perdido la razón, como pensadores de verdadero talento, músicos, matemáticos, biólogos, poetas, moralistas, etc.

Tal se van cultivando ciertos vicios en determinadas colectividades, directoras de una gran parte de nuestra corrompida sociedad, que se tasa el valor de un hombre importante y se llega á negociar lo que

puede producir su secuestro en un manicomio ó casa de salud; una verdadera cotización de la locura supuesta é imputada, á ciencia y paciencia de las autoridades y corporaciones, no siempre celosas y atentas á los naturales y legítimos clamores de la opinión del pueblo, que quiere la seguridad individual de todos los ciudadanos, como primer derecho político inherente á la actual civilización efectiva y práctica, de hecho y de derecho positivo.

SANTIAGO VALENTÍ CAMP.

¡OH FÍSICA! ¡LIBRANOS DE LA METAFÍSICA!

A

PARTIR de los tiempos de Newton en que del pecho de los hombres de ciencia, cansados de las estériles disputas escolásticas, se escapó ese grito suplicante que pongo de epigrafe y se abandonó el *apriorismo*, los conocimientos humanos tomaron el carácter positivo que los hace avanzar con paso seguro por la senda de la verdad, haciendo imposible atávico retroceso que nos hundiera en insondable noche intelectual como la de la Edad Media.

Pero esto ha podido ser no sin el esfuerzo de algunos misoneistas que, en su constante oposición á todo lo nuevo, aprovechan cualquier momento de cansancio, natural en los que trabajan, para infundir el desaliento y pedir la vuelta á posiciones abandonadas, porque el hombre no veía en ellas satisfechos sus naturales anhelos de progreso y perfección.

El crítico francés Brunetière ha sido uno de ellos. En la *Revue des Deux Mondes* publicó un traído y llevado artículo en que proclamaba la bancarrota de la Ciencia, diciendo, sobre poco más ó menos, que la humanidad, desesperada tras un siglo de análisis y dudas que ha derruido tantos altares en nombre de la Ciencia, harta de ésta, se hacía «mística» y volvía los ojos al pensamiento á ideales religiosos de otras épocas. En una palabra, que las cigüeñas volvieran á sus campanarios, como simbolizó el vizconde Melchor de Vogué.

«¡La humanidad ¡harta! de Ciencia! Aunque no lo dijera por España, donde (vergüenza es confesarlo) hay 12 millones de habitantes sumidos en la Edad Media, puesto que no saben leer ni escribir, tampoco en Inglaterra, Alemania y Francia, podían haberse hartado de ella, porque ni aún en esos grandes focos de civilización, es la Ciencia patrimonio de los más, sino de exigua minoría más reducida de lo que parece. Aparte de que la Ciencia nunca había prometido consolar espíritus atribulados.

Innumerables réplicas motivó aquella tan injusta como monstruosa afirmación y fueron muy notables las de hombres como Carlos Richet en la *Revue Scientifique* (12 de Enero del 95), y el sabio químico Berthelot—cuya retorta parece tener vida—en la *Revue de Paris* (1.º de Febrero), á los cuales, por poseerla en mayor cantidad, de seguro hay que tener por competentes para averiguar si el exceso de Ciencia puede producir empacho.

¿Cuándo la Metafísica, á cuyos tiempos vanamente se quiere volver, podrá hacer afirmaciones tan católicas (*katholikias*), es decir, tan universales, como las de «nada se crea y nada se pierde, todo se transforma; los cuerpos se atraen en razón directa de las masas é inversa del cuadrado de las distancias; la suma de los ángulos de un triángulo es igual á dos rectos;» etc., etc.? ¿Acaso la metafísica afirmación escandinava de la Trinidad ó la mosaica de la unidad de Dios en Jehová, por ejemplo, pueden compararse en certeza positiva con aquéllas?

¿Ha servido la Metafísica nunca para algo? ¿Ha suprimido, acaso, las distancias por medio del telégrafo, el teléfono y el telefóto? ¿Las ha acortado por medio de la locomotora? ¿Ha dirigido el rayo? ¿Ha encendido lámparas con los saltos de agua? ¿Ha obligado á la luz á ser fiel y sumisa dibujante? ¿Ha separado los rayos luminosos de los químicos y podido fotografiar la luz oscura? ¿Ha, en una palabra, suprimido en los pueblos cultos la muerte por la peste negra y la viruela, etc.? «Dejamos á esos metafísicos gritadores y con esto se me desvaneció el dolor de cabeza que me habían causado,» escribió el P. Isla; quizás sólo ese efecto, más el gasto inútil de fósforo, produjeran las importantes cuestiones metafísicas sobre *el ente, el valor de los universales, la predestinación y la gracia, el sexo de los ángeles, el número par ó impar de éstos, etc.*

No cabe, pues, comparación entre el metafísico que modestamente cree poseer la verdad eterna y el obrero de la Ciencia que la busca sin cesar en el seno de la Naturaleza.

SALVADOR V. DE CASTRO.

TEMPESTAD.

«Voy con María. Esperanos.—Octavio.»

Octavio R..., el escritor neurótico de palabra helada, era mi amigo de la infancia; y María, su mujer, era mi querida.

Octavio estaba medio loco. Por su modo extraño de sentir y por su modo extraño de adorar la belleza pagana de su esposa.

Un escéptico que creía en todo.

Cuando llegó el exprés y vi á María en un reservado, corrí á saludarlos; pero ella, abriendo la portezuela y separándose para mostrarme el fondo, dijo desoladamente:

—Allí venía él.

—¡Octavio!

—Muerto;—respondió tan bajo y tan secamente que apenas la oí.

Luego, sin derramar una lágrima, saltó al andén, me suplicó silencio, indicó por señas á un mozo que nos siguiera con el equipaje, entre cuyos objetos reconocí el sombrero de mi amigo, y nos dirigimos al hotel á la carrera del ómnibus.

En cuanto estuvimos solos en un gabinete, cuyo balcón daba á la playa, sepultó María la cara entre los brazos y lloró mucho. Yo, abrumado en la butaca, cerca de la suya, lanzaba la vista idiotamente á la inmensa curva donde se unían el mar y el cielo; éste encapotado de gruesas y blancas nubes, aquél tranquilo y de un fuerte azul plomizo, sin un vapor, sin una vela, en su vasta y comba superficie.

No osaba mirarla. ¿Qué cuentas iba á darme aquella histórica de la muerte de su marido?

Al fin pudo hablar y dijo estrechando mi mano entre las suyas, blandas y calientes como las de un niño:

—Cogió tu carta. Tu última carta que yo guardaba en el pecho. Me la cogió dormida... y se mató. Nunca me había amado tanto como en este viaje. Mi amor y la tormenta horrible de esta noche, produjeron en su alma efectos espantosos. ¡Oh, era preciso haberle visto!

—¿Y dónde está?—me atreví á preguntar.

—¡Allí!—dijo la joven señalando al Océano.

Durante algunos segundos vi los dedos de la pobre mujer, temblando sobre el pañolito que llevó á los ojos. Las comisuras de su boca saltaban en nerviosas convulsiones.

Cuando logró serenarse, habló así, con voz cansada, de apacible y grata monotonía:

—Ignoro si influí decisivamente en el destino de Octavio ó si fui nada más la fútil ocasión del rapto que le arrancó la vida; carga para él, de todo cansado y hasta de sí propio. Tú sabes cómo me quería. Con desesperaciones que me daban miedo, con exaltaciones insensatas. Cuando ayer tomamos el tren estaba alegre, expansivo, contento de vivir, como pocas veces. Nadie debía acompañarnos, él y yo solos, en un reservado. Habló mucho todo el día, y á poder haberse escrito cuanto me dijo, sería sin duda lo más hermoso de todo lo que jamás pasara por su imaginación. Él era feliz, y yo, ¿á qué negártelo? contagiada de aquella eterna sonrisa de ventura que jugaba en sus labios, también lo era. ¡También feliz, muy feliz!...

Al anoecer, después que comimos en el *restaurant* de la estación más alta de la cordillera, paseamos un rato. El paisaje solitario é inmenso nos parecía hecho para el éxtasis de nuestra dicha.

Todo nos movía á la ternura. Y como si la máquina, que nos había arrastrado á tantos deleites, pudiera entender nuestra gratitud, la miramos juntos, con su negra mole finamente fileteada de reflejos de luna, encendidas ya en sus topes las farolas blanca y roja. Estábamos delante de ella, escondidos del andén por los chorros de vapor de sus grifos, cuyas nubes nos rodearon como en apoteosis de amor, cuando la campana anunció la marcha. No sé por qué me pareció que Octavio, abrazado á mí, hubiera querido permanecer en los rails...

Recuerda que una de sus máximas era ésta: *no se debe morir acosado por la vida, sino despreciándola, en plena felicidad.*

Subimos al reservado. De nuevo el tren empezó á correr en la soledad de las montañas, huyendo por la cinta que cortaba sus laderas. Yo iba junto á la ventanilla, abierta para respirar el fresco, y Octavio á mi lado, rodeándome el cuello con el brazo, murmurando á mi oído, que rozaban sus labios, dulcísimas palabras. La pantalla de la lámpara oscurecía el interior del coche. Estaba la noche espléndida. La luna, que parecía más alta sobre la enorme profundidad del valle, vertía su luz tranquila sobre los pinares de la sierra, y arrojaba sobre los desmontes la sombra del tren, que corría despeñado cuesta abajo.

Sentía la cara de Octavio rozando con la mía en los bamboleos de la marcha. Sus manos acariciaban mi cabello y mi garganta. Perdí la conciencia y no sé cuánto nos duró aquel mareo de ventura; pero creo

que más de una vez nos alumbraron las linternas de pequeñas estaciones cruzando á escape, y sólo recuerdo que ya no veía la luna en las sombras del cielo, cuando, al fin, reclinada en el hombro de Octavio, que besaba todavía el cabello de mi frente, me fui quedando dormida entre la presión suave de sus brazos, llena el alma de celeste paz, sin temores, sin memoria, sin más vida que la de aquel momento y la de aquel estrecho espacio del carruaje, blando, solo, nuestro como un nido del amor, trepidando siempre y envuelto en el estruendo de la carrera del tren, por la solitaria noche.

Una luz blanca, intensísima, rápida, que me hirió dormida, me hizo despertar en la obscuridad para escuchar un estrépito formidable.

Es decir, la obscuridad no era á mi alrededor completa; el farolillo del coche, aunque tapado por la pantalla azul, permitía ver las cosas esfumadas. Octavio no estaba junto á mí.

La luz eléctrica de un relámpago volvió á iluminarlo todo. Entonces vi á Octavio al otro extremo, tirado sobre su asiento, con el hermoso cabello negro levantado en rizos por el vendaval y mirando por las abiertas ventanillas el horror de los cielos... Un nuevo relámpago, tan grande que me hizo exclamar un ¡Dios me valga! dibujó y me mostró en los labios de mi marido una sonrisa diabólica. Sus ojos habían mirado fijamente la nube negra que se rayó de fuego, y cuando un trueno pavoroso estalló seco sobre nuestras mismas cabezas, él, mi Octavio, con una serenidad inconcebible, con una satisfacción parecida á la del escenógrafo que oye los bravos para sus decoraciones, me obligó á ocupar otra ventana, sacó un brazo fuera y dijo:

—¡Esto sí que es grandel! ¡Esto es inmenso!

Podría jurar que un rayo cayó sobre los hilos del telégrafo. Temblé. Él sonrió otra vez.

—¡Qué hermosa á esta luz!—me dijo, y el trueno ahogó sus palabras.

Caía la lluvia en gotas gruesas como una granizada de balas. El huracán rugía con incesante rabia. El tren, en dirección opuesta al viento, volaba á toda máquina por una curva, silbando y lanzando espumarajos de vapor; de modo tan intenso resplandecían los relámpagos, que pude ver netamente sobre el negro rodaje de la locomotora, la biela y la manivela, limpias y brillantes, moviéndose con el vaivén furioso de los brazos de un loco.

—¡El mar! ¡El Océano!—gritó Octavio de improviso, queriendo sobreponer la satánica alegría de su voz al trueno que inundó los espacios.

Y en efecto, otro relámpago habíamos descubierto el mar por entre un desfiladero de rocas. Diríase que la máquina marchaba despeñada hacia él, con su temblorosa cadena de carruajes y sus ruidos de metal.

No sé qué temor me invadió y me estreché á Octavio. Pero al cogerle la mano tropecé con un papel que me hizo retroceder.

Era tu carta. Súbitamente comprendí que su mano, guiada á mi corazón por el cariño, la encontró mientras yo dormía. Y comprendí también con espanto la tempestad que en competencia con la del cielo hubiera provocado en su alma. El terror me helaba.

Al fatídico serpear de una centella que incendió los aires, vi que el tren comenzaba á salvar sobre el mar un ángulo de la costa por un puente colgante. Las olas se estrellaban allá abajo contra las peñas, deshaciéndose en espuma; el huracán, metiéndose en las concavidades de granito, arrancaba un bramido continuo, monótono en sus cambios; las nubes se abrían incesantemente despidiendo fuego sobre el mar, y el trueno retumbaba cada vez más potente, como creciendo en su grandeza. Y el tren, entre la obscuridad y la luz, entre el viento y la lluvia, seguía y seguía, haciendo retumbar la férrea trabazón del puente con su carrera sin freno y sus resoplidos de monstruo, envuelto en lumbre y vapor.

¡Un relámpago!... ¡Otro!... ¡Ah!, de pronto ábrese la portezuela, Octavio arrojase por lo alto de la barandilla del puente, y... ¡sí, Dios mío, al tercer relámpago, un momento antes de chocar su cuerpo allá abajo con los escollos y ser arrebatado por las olas, me pareció ver que el insensato sonreía!... ¡Al mar!

Yo caí rodando por la alfombra del reservado...

FELIPE TRIGO.

CRÓNICA AL VUELO.

Leo en los periódicos, que el rey de Siam, el *simpático Chulapón* (como le llaman en Lavapiés), ha estado á punto de romperse un remo, en el vecino reino. El tren que le conducía descarriló, sin que ocurrieran desgracias.

¡A cualquier hora vuelve al reino lusitano nuestro ex-huesped!...

¡Admiremos á Portugal, donde hasta la tierra es republicana y sabe hacer descarrilar los trenes que conducen monarcas!...

* * *

Vaya una polvareda, la que ha levantado la prensa diaria sobre la edificación del nuevo Hospital de San Juan de Dios.

Parece ser, que después de gastarse en su construcción 26 millones, resulta poco más ó menos, una casa de vecindad del barrio de las Injurias. El ladrillo se encuentra en todas las partes del edificio, la piedra en ninguna; sin duda está cara y los 26 de marras, no darán para tantos lujos...

¡Hay que temblar, señores, pensando en los millones que nos hubiera costado, si se les llega á ocurrir hacerlo todo él de buena mampostería!...

Así, todo puede ser que dentro de cinco ó seis años haya necesidad de nuevo edificio, nuevos traslados... y vuelta á soltar 26 millones y vuelta también al ladrillo recocho.

Pero ¿á qué apurarse, si en esos traslados los únicos que padecen son los enfermos?...

Y en cambio, en época de elecciones se puede dar trabajo á una porción de obreros; hermosa manera de arrebatarnos su sacrosanto derecho al voto!...

* * *

Vaya de edificios. El nuevo Ministerio de Fomento, edificio hermoso como pocos, está á pique de ser desalojado.

El conde de Xiquena, hombre de temperamento meridional, es decir, ardiente, siente un frío espantoso en la flamante morada. Un frío parecido al *helado de la tumba*, que diría un poeta *agrillado*, ó más claro; cursi.

El ministro se pasa todo el día soltando *frescas* á los que van á visitarle; los directores generales hacen lo mismo, y así sucesivamente los demás empleados. Hasta los porteros le dejan á uno *helado* con sus contestaciones.

Nunca como ahora estuvieron tan apropiados, en boca de personaje alguno, como están en boca de Xiquena, aquellos versos que dicen:

*Siento frío por la espalda
y me late el corazón.*

Pensó en mudarse otra vez al caserón viejo y no puede realizar su deseo, por la sencilla razón... de faltar en éste todas las puertas y ventanas.

Desde ahora el Ministerio de Fomento, por orden superior se llamará «Ministerio de aclimatación» para los que sigan la carrera de exploradores del Polo Norte.

* * *

He leído en un periódico que en Filipinas, hay dos mil y pico de islas.

Pequeño me parece el número, comparado con la inmensa multitud de *golfos* madrileños.

JULIO POVEDA.

LA CUESTIÓN DEL PAN.

SIGUE el conflicto del pan sin resolver. La oposición entre repartidores y fabricantes va haciéndose cada vez más tirante, porque la mayoría de las tahonas de Madrid no puede prescindir de los intermediarios, y éstos exigen á los fabricantes cinco ó seis céntimos de bonificación que es lo que antes del alza se les concedía con perjuicio del obrero pobre y del público en general.

Duélenos tener que tratar desde estas columnas de tan largo y enojoso asunto. GERMINAL, atento siempre á la defensa de las clases trabajadoras, se ve obligado hoy á censurar la conducta de los agentes intermediarios.

Anulada el alza que tan injustificadamente hicieron los fabricantes, la cuestión presenta hoy un nuevo aspecto. El conflicto surge ahora entre el público y los repartidores por el sobreprecio que éstos han venido cobrando á los tahoneros; y como, según hemos dicho, hay tahonas que no expenderían lo que elaboran sin intervención de los agentes, éstos, que lo saben, obligan á los fabricantes á que les concedan seis céntimos por cada 800 gramos, bonificación que percibían antes de iniciarse el alza, con grave lesión de los intereses del público.

Los repartidores de pan que se hacen llamar obreros no siendo otra cosa que comisionistas, deben tener en cuenta la situación del obrero que no come más que pan, y la de España entera que atraviesa una crisis económica de la cual tocamos todos los resultados y por la cual todos estamos obligados á sacrificar algo.

Nosotros somos los primeros en comprender las pérdidas á que los repartidores están expuestos, en cuanto se ven obligados á dar al fiado el pan á muchos de sus consumidores para conservar la clientela. Es también cierto que los agentes intermediarios han adquirido la parroquia á la carrera, como ellos dicen, por sumas inconcebibles por lo elevadísimas. Pero tengan en cuenta, de todos modos, lo anteriormente expuesto y comprendan que en último caso, ellos no hacen más que alejar los productos de manos del fabricante al consumidor, viniendo á constituir con esto una especie de impuesto indirecto, del cual, ya sean tres céntimos ó seis lo concedido á los repartidores como bonificación, el público tan sólo es el que paga.

Y si ahora paga y calla, puede muy bien suceder que si los agentes intermediarios extremen la *tessitura* en que han colocado el asunto, llegue día en que cansado ó indignado, ni pague ni calle.

Por otra parte, contra la gestión de las autoridades para arreglar el asunto, y las concesiones hechas á las mismas por los fabricantes aun á costa de más ó menos esfuerzos, los repartidores no tienen ni siquiera el recurso eficaz de la huelga. La huelga es siempre un arma de dos filos que es necesario saber blandir. Pero en este caso, no contando los repartidores, como no cuentan, con cajas de resistencia, tal medida sería contraproducente y acabaría por dar las mejores razones al público que ya sabe á qué atenerse en este punto.

Confórmense, pues, los repartidores, con los tres céntimos á que ha quedado reducida la comisión que perciben de manos del fabricante, que esto unido á la rebaja del uno por ciento de beneficio que obtienen al hacer los pagos en las tahonas, siempre que estos se verifiquen en moneda de plata, da á la cuestión en las condiciones económicas en que España se encuentra actualmente, motivo para poder decir con ciertos economistas.

Laissez faire, laissez passer.

JOAQUÍN SEGURA.

MOVIMIENTO SOCIALISTA.

La Junta directiva de la Sociedad de canteros y marmolistas de Madrid satisfizo el día 24 del corriente,

el jornal íntegro á los canteros huelguistas de las obras de la Almudena, descontando al efecto, el 3 por 100 de los jornales de los obreros que trabajan. Van ya con la pasada seis semanas en que los canteros madrileños dan este hermoso ejemplo de solidaridad obrera. Por ello les felicitamos calurosamente, deseando que su ejemplo sea seguido por todos los obreros de España que se encuentren en iguales circunstancias.

* * *

La Asociación de relojeros de Cataluña ha circulado la convocatoria para un certamen nacional de relojería al que únicamente podrán concurrir los aprendices, en estímulo de cuya clase se celebra este certamen. Once son los premios ofrecidos, consistentes en útiles propios del oficio, de coste elevado. El certamen se verificará el tercer domingo de Enero del 98 y se admitirán trabajos hasta el 25 de Diciembre del corriente año. Los detalles para los que deseen concurrir á este certamen los facilitará D. Juan Feliú y Codina, calle de Jaime I, 17, relojería, Barcelona.

* * *

Accidentes del trabajo. — El domingo último ocurrió en el Cabañal de Valencia un desgraciado accidente. El fogonero de uno de los tranvías de vapor que hacen el recorrido desde Valencia á aquella playa, tuvo la desgracia, al hacer una operación en la caldera, de que reventara uno de los tubos, abrasándole la cara. En grave estado fué conducido á la Casa de Socorro.

* * *

Centenares de infelices obreros sin trabajo se presentan á diario al alcalde de Madrid en solicitud de papeletas para ingresar en las brigadas municipales. Pero las arcas municipales están exhaustas para atender á esa sagrada obligación; en cambio no faltan recursos para adquirir en los cementerios la cera y el aceite necesario para la festividad católica de Todos los Santos.

* * *

La campaña iniciada por GERMINAL en pro de los dependientes de ultramarinos, parece que está produciendo entre los interesados verdadero entusiasmo. Nuestros antiguos compañeros de redacción continúan esta labor, por lo cual les felicitamos, pues siempre veremos con agrado cuanto tienda á mejorar la situa-

ción de los oprimidos y desheredados. Ocioso es decir que nuestras columnas están á la disposición de los dueños y dependientes que quieran favorecernos con sus opiniones acerca de este asunto.

* * *

Anunciamos á las sociedades y gremios obreros de toda España, que en esta sección publicaremos gustosísimos cuantos anuncios, sueltos, etc., se nos remitan, interesantes para la clase obrera. También daremos cuenta del movimiento obrero del extranjero.

CUENTO VIEJO.

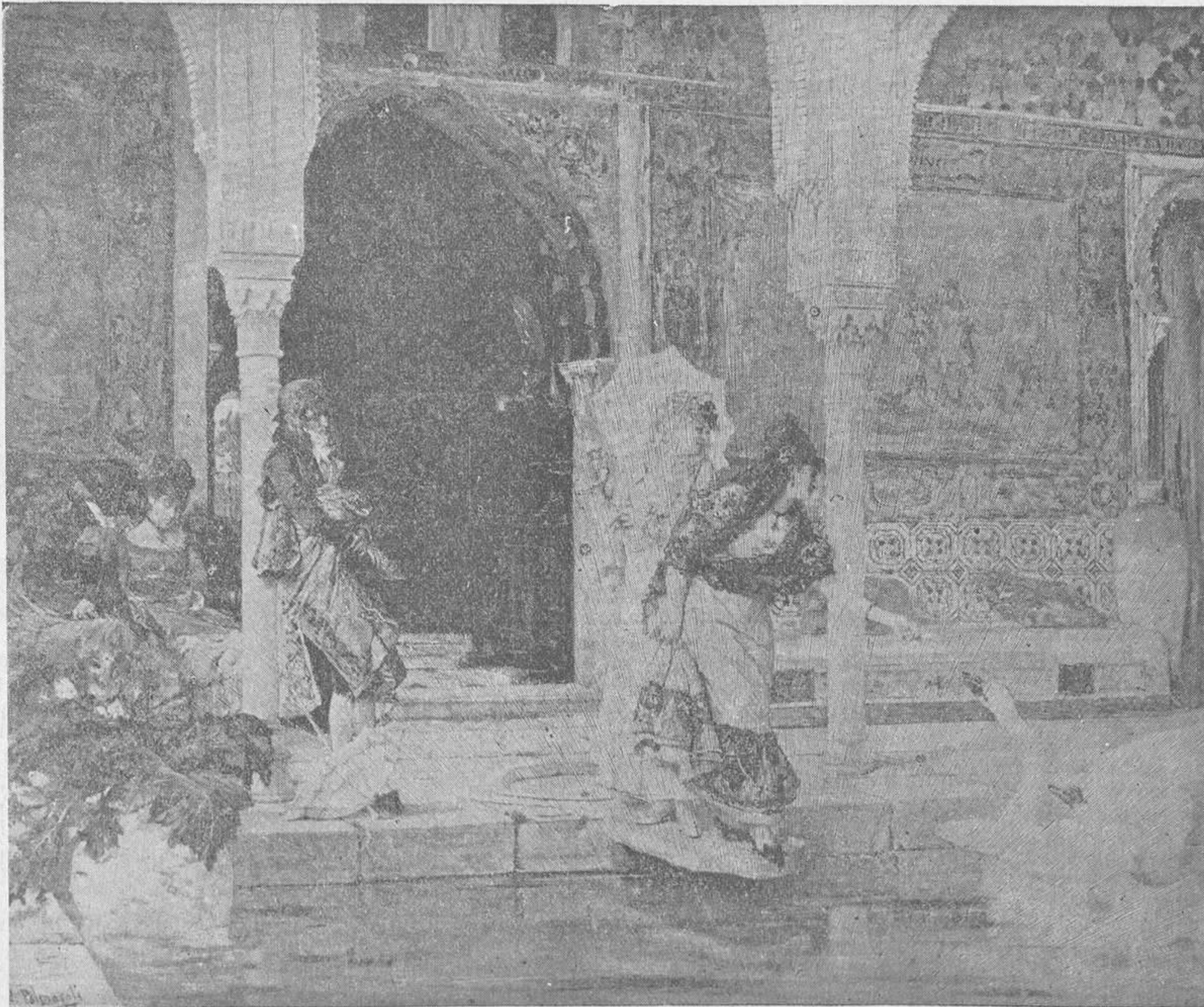
Servían Juan y Manuel en el mismo batallón, y ambos con mucha atención oyeron en el cuartel que decía el general poco antes de la partida: — ¡Id á luchar en seguida por el honor nacional! ¡Que en Cuba tendréis doscientas ocasiones por lo menos de demostrar que sois buenos para vengar las afrentas! ¡Allí, ganando la gloria que rodea al vencedor, cada uno se hará acreedor al laurel de la victoria! ¡Y luchando cada día, y vengando los ultrajes, de aquellas hordas salvajes venceréis con valentía! — A todos pareció bien, y en correcta formación marcharon á la estación, y... más tarde partió el tren.

En Cádiz, al embarcar, hubo también despedida: ¡que esta tierra tan querida es mala de abandonar! Y el obispo por un lado, por otro el gobernador, y el general, y el señor alcalde y el diputado... todos ellos envidiaban de los soldados la suerte; mas no hablaban de la muerte, ¡la muerte la despreciaban! Sólo hablaron con calor de la patria... de la historia y del laurel de la gloria y el laurel del vencedor. Y exclamó Manuel: — ¡Chiquillo! no he entendido na esta vez. — Y Juan contestó: — ¡Rediez! ¡pero hombre, si es muy sencillo! Mira; aquí a todo el que es fiel y sumiso y obediente, y demuestra que es valiente, ya lo oyes... ¡le dan laurel!

Después, al desembarcar en Cuba, en el mismo instante, oyeron que el comandante de este modo empezó á hablar: — ¡Hijos míos, la campaña os dará días crüeles!... ¡Mas todo por los laureles de la gloria!... ¡Viva España!

Con el afán de vencer, los dos con su batallón, el honor de la nación salieron á defender. Y al atacar un bohío que estaba fortificado, Manuel, que marchaba al lado de Juan, un escalofrío sintió. Tenía en la frente un balazo tan certero, que dijo al punto: — ¡Me muero! — muriendo instantáneamente. Y Juan, al ver á Manuel morir, al cielo miró y dijo: — ¡Vaya un gachó! ¡Este ya cogió un laurel!

A. VARELA DÍAZ.



PEDIMOS LA AMNISTÍA.

NUESTROS desgraciados amigos—y su desgracia es título sobrante para que les ofrezcamos la amistad—presos todavía en el castillo de Montjuich, nos dirigen otra carta insistiendo en que se abra la información judicial que pide la opinión.

Al hacernos eco de tan justa petición, repetimos que en el interés bien entendido del Gobierno liberal es conceder una amplia amnistía para todos los pretendidos delitos políticos. Sería un acto de justicia y humanidad y á la vez de política seria y elevada.

La carta firmada por los mismos que firmaron la publicada en el número anterior de GERMINAL, dice lo siguiente:

«El misterioso y tristemente célebre proceso de la calle de los Cambios, dejó latentes dos cuestiones de grandísima importancia, que un año después de terminado aquel están aún por resolver.

Es una de ellas la de nuestra libertad, á la que siempre hemos tenido y tenemos indiscutible derecho por ley, por justicia, por humanidad, por conveniencia social, por respeto á las conquistas democráticas obtenidas con tanto esfuerzo y á costa de tanta sangre.

Es la otra la de los martirios infligidos en algunos procesados, la necesidad de ajustarse los tribunales á las leyes, una vez probada la existencia de aquellos, para las consecuencias que de los mismos se desprendan y el castigo de los autores materiales y de los autores morales de tan enorme delito.

España se ha deshonrado ante Europa entera al comentar ésta con horror hechos tan repugnantes; y la tenaz resistencia del anterior Gobierno á abrir la información con tanta insistencia pedida, ha agravado los juicios emitidos.

El crimen es siempre crimen, ya se encubra su autor bajo los andrajos del pordiosero, ya ciña á sus sienas quien lo cometa la corona de emperador.

Consideraciones que nunca merecen quienes de tan grave modo faltan á los sacratísimos deberes que impone la posición que se ocupa, el cargo que se ejerce y lo que es más que todo, la condición de hombre, y de hombre miembro de una sociedad que se dice civilizada, y un falso concepto de lo que debe ser la moralidad pública han sido, hasta el presente, motivos bastantes para que haya dejado de hacerse luz en un asunto de gravedad é importancia suma, tanta que de ella pueden depender la honra, la libertad y los intereses de muchos ciudadanos, el prestigio de la justicia y el buen nombre y dignidad de España.

Inútil ha sido que el Gobierno conservador, espantado ante su propia obra, se haya hecho sordo al clamoreo de la prensa y de la opinión de España, de la prensa y de la opinión extranjera, negándose de una manera pasiva á abrir la información pedida, por anteponer mezquinos intereses personales á los sagrados intereses de la sociedad y de la civilización. Inútil sería también, lo que no creemos suceda, que en este asunto tratara de seguir el actual Gobierno el pernicioso ejemplo y peligroso camino que siguió el anterior. Podrán existir espíritus débiles que más ó menos tarde, flaqueen y cesen en la propaganda de protesta há tanto tiempo emprendida; los que tal hagan sólo compasión ó desprecio merecerán.

Por nuestra parte, solemnemente prometemos que no dejaremos un momento nuestra actitud de enérgica protesta contra los atropellos y crímenes cometidos; y cualquiera que sea el lugar y posición en que nos hallemos, no cesaremos de pedir con los medios de que podamos disponer, que se abra una información amplísima y rigurosamente justa por la cual se aquilate la exacta culpabilidad de cuantas personas han tenido relación directa ó indirecta con este proceso, cualquiera que sea su posición y el papel que en el mismo hayan desempeñado.

Las personas de recta conciencia y amantes de la justicia estarán siempre á nuestro lado.

Castillo de Montjuich y Cárcel nacionales de Barcelona, 20 de Octubre de 1897. (Siguen las firmas.)

«A combatir el mal donde quiera que se encuentre, debemos encaminar los socialistas nuestros esfuerzos, aunque para conseguirlo haya que sacrificar la libertad y la vida sin pedir de los poderes públicos lo que no pueden dar. Bien dice Monseng: *el que implora caridad legaliza su pobreza*. Tampoco debemos ensayar moldes gastados ó inútiles como cajas de resistencia, cooperativas, etc., pues esto es perder el tiempo mientras que el trabajador muere de consunción.»

En efecto, es absurdo pedir el ahorro donde los obreros ni siquiera tienen el pan de cada día.

Lo único práctico es unirnos todos para instaurar la República y procurar que ésta sea profundamente revolucionario-socialista.

Nuestro querido colega *El Liberal* dice que el *Ulk* de Berlín representa las cuatro épocas del socialismo alemán, presentando á un proletario obrero mal vestido, otro mejor indumentado con los libros de Marx bajo el brazo, un proletario de levita y al fin un *gentleman* en frac y con guantes.

Igual transformación han tenido los partidos demócratas por todas partes: las masas desheredadas comunican el fuego sagrado á las clases medias, cuya inteligencia encarna en los Danton y Robespierre.

Respecto á la cuarta figura del *Ulk*, hay que interpretarla de otra manera que lo hace *El Liberal*.

La invitación de ir á palacio no procede de un rey ó emperador, sino del Presidente de la República Social.

Acerca de la campaña soporífera que siguen algunos, muy pocos, socialistas contra los republicanos, manifiesta cierto disgusto nuestro colega *La República Española*, de Almería.

Y á este propósito pregunta que si no es más fácil la consecución de las aspiraciones socialistas con la República que con los frailes.

Indiscutiblemente.

Pero no se apure el colega por tan poca cosa.

GERMINAL es un fuerte valladar contra esa insensata propaganda de los socialistas exclusivistas.

Y con GERMINAL está la plana mayor de los hombres pensadores y honrados, dispuestos á refir batallas contra esa gente cuya labor se reduce á dividirnos.

Se conoce que la herida que hizo el folleto *Desenmascarados* aún les duele.

Y no saben cómo desahogar su bilis.

A buen seguro que unos lo hacen porque sienten la nostalgia de la exhibición.

Y otros para demostrar su consecuencia.

En hacer el juego á los monárquicos.

Continúan los prohombres de la Fusión republicana su hermosa labor de propaganda. El sábado último se celebró un importantísimo *meeting* en Guadalajara, al que concurrieron, invitados al efecto, los Sres. Salmerón, Azcárate y Ballesteros.

En dicho *meeting*, y en el banquete con que dichos señores fueron obsequiados al día siguiente, el señor Salmerón declaró solemnemente que la Fusión republicana proclama una política francamente revolucionaria para derribar el régimen actual. Estas declaraciones han sido acogidas con verdadero entusiasmo por los republicanos todos, pues sin que sean nuevas en labios del Sr. Salmerón, quien siempre ha pensado lo mismo, revisten extraordinaria importancia en las actuales circunstancias.

Se habla de reformas que han de concederse á Filipinas. Inútiles serán cuantas se intenten establecer si previamente no se decide el Gobierno á acabar en aquellas desdichadas islas con el infame poderío de las órdenes religiosas, causantes, en primer término, de la insurrección de los tagalos.

Ni el estado del Archipiélago oceánico, ni la causa de la civilización, consienten la continuación allí de un régimen teocrático que es una verdadera afrenta del siglo XIX y constituye una causa permanente de odio hacia España en aquellos indígenas. Veremos qué reformas plantea el Gobierno.

El Sr. Pi y Margall ha dirigido á los federales del campo de Elche una expresiva carta con motivo de la apertura de un círculo en aquella localidad. Afirma el Sr. Pi que los federales quieren distribuir entre los braceros las tierras públicas y las que por más de un quinquenio hayan dejado sin cultivo los que las poseen; transformar los arrendamientos y declarar los censos todos redimibles á plazos; invertir en caminos y canales los millones que hoy se consumen en gastos superfluos; difundir la instrucción hasta por las aldeas; renunciar á todo pensamiento de guerra y dejar tranquilos en vuestros hogares á vuestro hijos; y, ya que debemos luchar con enemigos de la patria, prohibir

que ciudadano alguno se redima del servicio de las armas.

Se atiende hoy á las ciudades, y se olvida el campo, con ser para todos fuente de vida: no hemos de perdonar nosotros medio alguno de fomentar la agricultura y llevarla, por la aplicación de los procedimientos y las máquinas modernas, á que compita ventajosamente con la de otras naciones. No es posible conseguirlo sin instituciones de crédito; y nosotros estamos decididos á procurar que, como las hay para el comercio y la industria, se las establezca para el desarrollo y los progresos de la labranza. Sin ellas es evidente que sería inútil el reparto á censo de las tierras incultas.

Muy bien nos parecen esas reformas y esas reflexiones que creemos comunes á todos los republicanos y constituyen un paso hacia la apropiación colectiva de la tierra. Pero el Sr. Pi da por resuelto el procedimiento que habrá de emplearse para conseguirlo y esto sólo puede resolverlo la aplicación desde el poder de los principios socialistas.

De lamentar es, por otra parte, que los federales del Sr. Pi y Margall, continúen encastillados en la defensa de su particular sistema, cuando la situación de la patria exige de todos los republicanos el más absoluto desinterés y el espíritu más amplio para instaurar la República.

Las Provincias de Levante de Murcia combaten al Jurado porque el caciquismo clerical carlista de aquella «ciudad negra» ha corrompido esta institución popular.

Combata usted el mal en sus raíces y no en sus frutos, querido Sr. Baleriola; pues usted, mejor que nadie, conoce el origen de todo el mal que usted denuncia.

Los diez mil caciques, usted les conoce muy bien.

El Sr. Silvela ha sido muy gracioso en su discurso sobre política colonial.

Después de que España ha poblado todo un continente discute aún sus cualidades colonizadoras.

Y todo esto para disculpar á los frailes de Filipinas, cuyos crímenes y vicios provocaron la insurrección, y á los *irregularizadores* de Cuba que encendieron la guerra en aquella colonia.

Así principia la *selección* el ex-mangoneador de las elecciones conservadoras.

El Sr. Silvela ha inaugurado el curso académico en la Asociación de la Prensa con un discurso notable como todos los suyos y en el que no se sabe qué admirar más, si lo cursi del fondo ó las contradicciones en que incurre.

Ensalza la condición *espiritual* de nuestra raza, acostumbrada en todos los siglos de su historia á pelear, más que por los intereses, por los ideales, como que nuestra nacionalidad se ha formado en la epopeya de la reconquista principalmente religiosa, y el alma de nuestra mujer, creadora del hogar patrio, se moldeó con la lectura de nuestros admirables místicos y el arte encontró siempre su principal inspiración en el cielo.

Aquí de la duda del poeta:

«¿Y si luego resulta que no hay cielo?»

Precisamente por haber recibido esa inspiración de arriba y haber bebido nuestra mujer en las fuentes de un misticismo idiota, tenemos las guerras civiles y religiosas que como la de Cuba hoy se mira con tanto horror.

Por eso añade, nuestra raza española se resigna á sufrir todas las adversidades que trae el destino, la mano de la Providencia.

Y la de los *yankees* se le ha olvidado decir, que no ha sido el Sr. Silvela de los que menos han contribuido con sus torpezas á que ingerencias extrañas atropellasen ese *hogar patrio* de que nos habla, y de los que menos lágrimas han hecho verter con su funesta política.

La indiferencia con que se miran aquí los asuntos de la administración por un lado, y la ineficacia de ciertas campañas de la prensa por otro, hacen pasar desapercibidos muchos proyectos que debieran ser examinados atentamente por aquellos representantes de cuya actividad y celo no debiera dudarse.

Las denuncias formuladas por la prensa levantan de quicio el ánimo más frío.

Parece ser, que el nuevo Hospital de San Juan de Dios es una construcción tan ruinosa como cara, y hay quien afirma que con poco más del doble de la cantidad gastada en esa obra hubiera podido construirse un nuevo Banco de España.

Esto, en cuanto al edificio, y no decimos más porque creemos que lo dicho es bastante significativo. Del servicio interior se cuentan verdaderas enormidades, y *El Imparcial* pide que se depuren los hechos origen de las denuncias.

Dispuestos estamos á ayudar á la prensa en la noble tarea de descubrir los chanchullos que pueda haber en este asunto.

RASGOS.

En el Círculo de Unión Republicana del distrito de la Inclusa, se celebrará en breve una serie de conferencias políticas por eminentes oradores republicanos; inaugurándose éstas desde la semana próxima por el eminente hombre público y distinguido letrado don Juan Gualberto Ballesteros.

El entusiasta por los nuevos ideales, D. Diego Espinosa, de Sevilla, nos remite un interesante estudio con cuyo espíritu estamos conformes.

Las revelaciones de *El Imparcial* son tan graves, que muchos diputados de los que componen la Comisión provincial se han mostrado conformes, según dice *El Día*, en demandarle ante los Tribunales de Justicia por su campaña contra la Diputación.

CRÓNICAS AMERICANAS.

HACE poco más de un siglo, las vejaciones y atropellos cometidos por Inglaterra contra sus florecientes y ricas colonias, impulsaron á éstas á la viril insurrección, que convirtió á la mayor parte de la América del Norte en país libre é independiente, regido por propias leyes y por aspiraciones propias.

Una democracia joven, fuerte y potente, reemplazó á la burocrática y opresiva dominación inglesa; los feudos convirtiéronse en Estados libres; las antiguas colonias en poderosas y federativa República. El nuevo derecho de los pueblos soberanos y emancipados irguióse altivo sobre las ruinas de un pasado de sumisión, y los hombres que antes humillaran la cerviz, convirtiéronse por su solo esfuerzo en ciudadanos libres.

Aquella conmoción terrible y sublime; aquel esfuerzo gigantesco de todo un pueblo; aquel sacrificio generoso de almas dignificadas por un ardiente ideal de libertad, ¿sirvieron para algo?

¡Ah! Sí; sirvieron para elevar á un pueblo hasta entonces sometido á extraño dominio, al rango de nación independiente, donde tienen cabida todas las creencias religiosas y expansión todas las aspiraciones... hasta cierto punto; sirvieron para grabar en el corazón de los hombres el sentimiento de su dignidad de ciudadanos; sirvieron para demostrar al atónito mundo de la realeza que el derecho democrático podía ser una realidad practica, sin que para ello se movieran mucho los cimientos de la sociedad, y sirvieron, en fin, para poner de manifiesto que la libertad política lograba en el espontáneo desarrollo de los pueblos lo que no habían podido lograr siglos de intolerancia y de absolutismo.

Pero también sirvieron, por desgracia, para algo más: para demostrar que la nación norte-americana estaba muy lejos de parecerse al paraíso feliz y tranquilo con que soñarían quizá los primeros campeones que dieron sangre y vida por la independencia de su suelo querido.

Algunos teóricos del derecho democrático suponen que los Estados-Unidos son el país libre por excelencia. Si la libertad sólo estriba en la facultad de depositar el voto en la urna en tiempo de elecciones, amén de otras libertades de mayor ó menor cuantía en el terreno político y religioso, quizás tengan razón los panegiristas de la democracia americana; pero si es algo más que eso, si la verdadera libertad entraña, junto con la espontánea manifestación de las aspiraciones y deseos, el trabajo libre, la cooperación voluntaria, la igualdad social, hay que reconocer que el pueblo americano, como todos los pueblos, gime todavía bajo el férreo yugo de una esclavitud económica, que convierte en ilusorios los derechos políticos, á costa de tanta sangre y de tantos sacrificios conquistados.

Y téngase en cuenta que no existe en el mundo otro pueblo como el americano, que sufra tanto las crudezas de esta esclavitud, porque tampoco hay otro pueblo en donde alcance tanta preponderancia el absolutismo capitalista, la rápida acumulación de la riqueza, el monopolio comercial y la explotación en grande de la industria.

Nuestros padres lucharon bravamente para legarnos un tesoro de derechos políticos; pero de qué nos sirve, si nos vemos obligados á ceder la parte que nos toca del legado por un miserable plato de lentejas!

¡Triste cosa es que las conquistas de la libertad, tras de costar gigantescos sacrificios, sean tan lentas y á veces tan inútiles en sus resultados!

*

La última huelga de los mineros es una prueba reciente de que el pueblo trabajador americano — y el pueblo que trabaja es el verdadero pueblo — con todo y gozar de los más amplios derechos políticos, es un mero esclavo y servidor de las grandes y poderosas Compañías que acaparan en provecho propio toda la riqueza del país.

Los mineros americanos están en un todo á merced de las Compañías propietarias de las minas que, no satisfechas con pagarles sólo 50 centavos por cada tonelada de carbón que extraen — y que luego venden á 5 pesos al consumidor, — todavía los explotan inicua y obligándoles á vivir en las casuchas de la misma Compañía y á comprar á precios elevados los comestibles y ropa que necesitan, en sus almacenes y depósitos.

Para ilustrar gráficamente la situación de estos mineros, bastará decir que en cierta mina de la región hullera de Pensylvania, de 6.000 pesos á que ascendían los jornales de dos semanas, no llegaron á 200 pesos los pagados en dinero, siendo el resto deducido á cuenta de alquileres, comestibles, ropa, etc.

Decía un viejo minero negro á un *reporter* del *Herald*, que en sus mocedades, cuando sentía en las espaldas las caricias del látigo, estaba en mejor condición y mejor tratado que ahora que gozaba de libertad trabajando en una mina.

Y tiene razón el ex-esclavo negro; porque es preferible la esclavitud forzada que tras el latigazo da el pan, y que á cambio de una dura labor garantiza la cotidiana subsistencia, á la esclavitud voluntaria, con todas las angustias de un porvenir incierto, que en pago del trabajo embrutecedor ofrece una mezquina retribución.

De todas las luchas que cotidianamente han de sostener los proletarios contra las rapacidades de los explotadores del trabajo humano, ninguna tan terrible, tan enconada y tan desigual como la de esos pobres mineros, condenados á la dura labor de arrancar con el esfuerzo de sus brazos de las entrañas de la tierra el pan negro de la industria, el poderoso combustible que impulsa á la locomotora y al transatlántico, que da fuerzas á la máquina de vapor; que genera la electricidad; que calienta el hogar del satisfecho; que enriquece á los propietarios de las minas; pero á ellos, á los mineros, á los laboriosos topos humanos que arañan y arañan siempre en las profundidades del subsuelo en busca del codiciado mineral, les proporciona por toda recompensa una vida miserable, la miseria perenne, un mendrugo más duro y más negro que la hulla que extraen, y al fin de la jornada, la muerte violenta en el fondo de una mina por una explosión de *grisú*, un hundimiento ó una inundación.

¡Ah, si fuera posible una huelga universal de mineros; si fuera dable establecer entre ellos una inteligencia común y como un solo hombre, y en un momento dado se cruzaran de brazos! Entonces vería el mundo de los satisfechos el poder de esos obreros hoy explotados con largueza y despreciados en demasía; entonces veríanse los medios de comunicación y transporte paralizados; las fábricas cerradas; el comercio detenido; la industria entera herida de muerte; los hogares sin lumbre y sin calor; el espectro del hambre y de la escasez cerniéndose sobre el amenazador horizonte, y como consecuencia, la temida Revolución Social, vigorosa y amenazante, en los umbrales de la Sociedad burguesa...

PALMIRO DE LIDIA.

New-York, 9 Octubre 97.

CORRESPONDENCIA ADMINISTRATIVA.

Valencia.—D. F. C.—Remito 25 ejemplares como solicita en la suya, continuando esta remesa semanalmente hasta nuevo aviso

Idem.—D. J. G.—Ya escribí participándole cuanto había sobre el particular y espero sus órdenes para en lo sucesivo.

Gijón.—D. M. A.—Queda retirado su paquete semanal de 10 ejemplares y espero que pronto renueve sus pedidos

Pontevedra.—Sres. D. R. L. y M. F.—Según me piden en su carta, esta Administración les remite paquete de 25 ejemplares con las condiciones que les comunico por correo, que de aceptarlas, continuará remitiéndosele semanalmente.

Cádiz.—D. M. E. G.—En esta Administración tiene á su disposición el cliché que remitió y que no ha sido posible su inserción en GERMINAL.

Barcelona.—D. J. S. A.—Remito por este correo los números 2, 3, 8 y 20 que encarga en su carta y todos los sucesivos.

Hendaya.—D. P. C.—Remito el ejemplar núm. 25 y sucesivos

Tarrasa.—D. S. B.—Queda suscripto desde el día 1.º del presente mes y le remito los números que van publicados desde dicha fecha.

Cabañal.—D. E. N.—Remito dos ejemplares del núm. 21, dos del 22 y dos del 23 que me pide más el paquete del número corriente de 10 ejemplares, todo lo cual cargo en cuenta.

León.—D. F. S.—Queda hecho el aumento del paquete en 5 ejemplares, ó sean 15, los que le cargo en cuenta, y se pasará á cobrar las 5 pesetas que indica en la suya última, remitiéndole la liquidación que desea.

Mieres.—C. R. M.—Recibida su carta y se pasará á cobrar las 2,30 pesetas que indica y es conforme abone la diferencia en el próximo trimestre.

Barcelona.—D. A. J. C.—Recibido el aviso para el cobro de 9 pesetas, importe de un año de suscripción; se le mandará el ejemplar del núm. 15 que pide y el recibo.

Atienza.—D. E. C.—Remito el ejemplar que pide en la suya como muestra, no pudiendo servirle en la remesa de otros periódicos que no sean GERMINAL.

Salamanca.—D. J. de la H.—Recibida la suya fecha 26 del corriente sin ninguna anterior, por lo que esta Administración no puede contestar á lo que indica con fecha 8 del actual; de todos modos su suscripción será servida.

Villagarcía.—D. J. G. R.—Remito por correo, según su deseo, 10 ejemplares, y por el mismo le escribo las condiciones para ser corresponsal en esa.

EL ADMINISTRADOR.

Biblioteca de GERMINAL

POLÍTICA SOCIAL

Soluciones positivas de la sociología contemporánea

POR

ERNESTO BARK

Índice: 1. Los Problemas de la Sociología.— 2. El Socialismo Positivo.— 3. La Cuestión Social en España.— 4. La Alemania Socialista.— 5. La República Social en Francia.— 6. Naciones cosmopolitas.— 7. El Internacionalismo.— 8. Pueblos precursores.— 9. La Hacienda del porvenir.— 10. El Ministerio del Trabajo.— 11. Estadística Social.— 12. La Revolución y el Arte.— 13. La Filosofía del Placer.

Precio de librería, 3 pesetas

(Para fines de propaganda pueden adquirirse 20 ejemplares á 20 pesetas, franco de porte, precio adelantado.)

Administración de GERMINAL

D. BRITO SANCHEZ

CIRUJANO-DENTISTA

Pone á su disposición el Gabinete de Clínica dental, montado con todos los adelantos de la ciencia.

Consultas y extracciones los jueves y domingos, de ocho á una, UNA PESETA.

SAN BERNARDO, 20

Acaba de publicarse:

LA REPÚBLICA SOCIAL

CARTILLA POLÍTICA DEL PUEBLO

FOLLETO DE ACTUALIDAD

á 25 céntimos.

- I. Deberes y derechos del ciudadano.
- II. El Programa de la República.
- III. Los Presupuestos nacionales.
- IV. La Revolución Social.

Los centros populares pueden adquirir 200 y más ejemplares á 10 céntimos

en la Administración de GERMINAL.

Ernesto Bark; biografía, por Francisco Macein. Las Escuelas Socialistas; por Rafael Delorme. La Hacienda de la República Social; por Ernesto Bark. El Ministerio del Trabajo; por I. L. Lapuya.

GERMINAL

REVISTA SEMANAL ILUSTRADA

SE PUBLICA LOS VIERNES

PRECIOS DE SUSCRIPCION

Madrid....	Trimestre.....	2	pesetas.
	Año.....	7	—
Provincias	Trimestre.....	2,50	—
	Año.....	9	—
Extranjero y Ultramar:	Año.....	15	—
Número suelto...		0,15	—
Idem atrasado.....		0,50	—

A los corresponsales y vendedores: mano de 25 ejemplares, 2,50 pesetas.

Anuncios á precios convencionales.

Pagos adelantados.

Toda la correspondencia al Administrador.

MADRID.—IMPRESA DE FORTANET, LIBERTAD, 29.